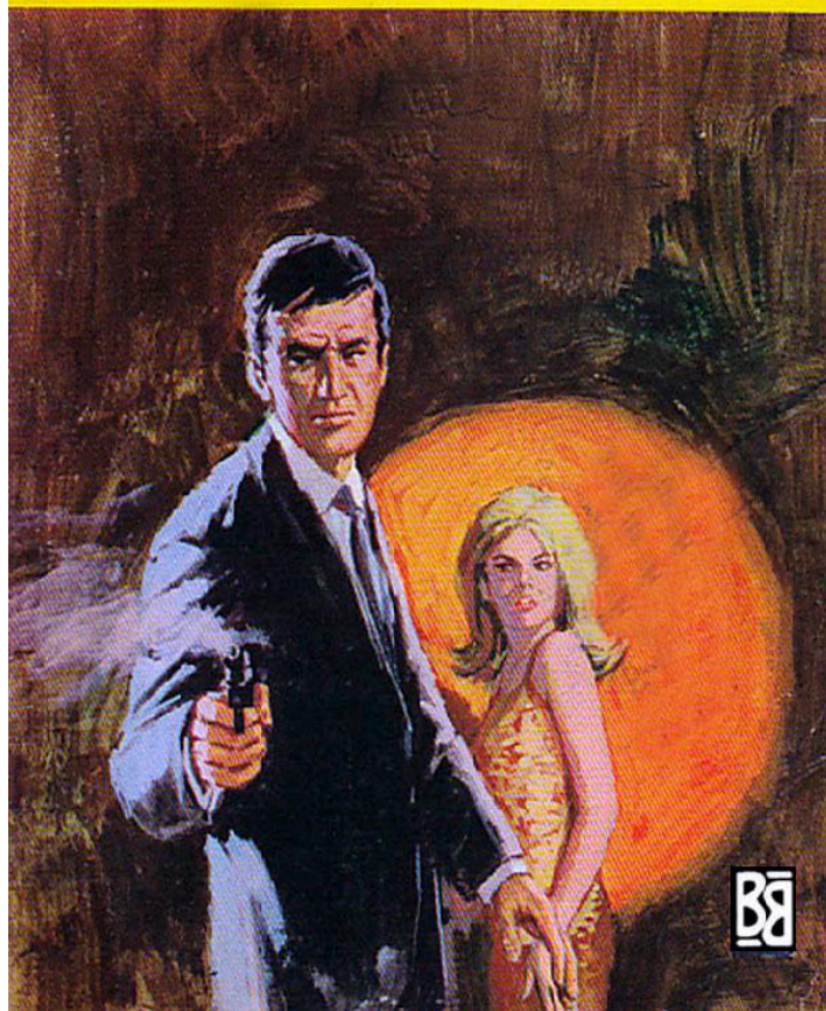


PUNTO
ROJO

las sirenas mueren

burton hare



BB

COLECCION

PUNTO ROJO





BURTON HARE

LAS SIRENAS MUEREN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 312

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 5.255- 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1968

© BURTON HARE - 1968
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1968
sobre la cubierta

© EDMOND - 1968
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

907. — El rapto de una dama.

913. — Protagonista, la muerte.

918. — La sangre deja huella.

En Colección PUNTO ROJO:

291. — Tan sólo un cadáver. 2

94. — Político y asesinato.

301. — 24 horas de angustia.

En Colección ALTO SECRETO:

6. — El FBI al acecho.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

147. — Se necesita un cadáver.

155. — Destino al infierno.

164. — Un crimen tras otro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

268. — Tres criminales para un crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

Las cosas empezaron como episodios sueltos que se encadenaron para formar un drama homogéneo y fatal, que fue lo que me arrastró a intervenir de modo activo en lo que, de otro modo, no habría sido nada más que un escándalo entre los muchos escándalos del mundo del cine.

Yo había visto a Nora Renton en la pantalla y créanme si les digo que me impresionó desde su primera aparición. Era una rubia sensacional, de busto exuberante, ojos verdes y labios que eran un reto a todo hombre que los miraba una vez. El resto de su cuerpo formaba un conjunto que se había convertido en el símbolo sensual de América y con eso está dicho todo.

Bien, la primera indicación de que algo iba mal fue el estallido de la motora.

Nora Renton pasaba unos días de descanso en una playa recoleta de Miami en compañía de toda su corte de admiradores oficiales, secretarias y agentes publicitarios, encargados de relaciones públicas y el resto de la tribu que invariablemente rodea a una estrella de su magnitud.

Aquella mañana se le antojó a la diosa dar un paseo en lancha motora. Se colocó encima una sombra de bikini que alborotó a los espectadores y se embarcó en compañía única y exclusiva del piloto de la motora, un hombre sesentón y que, a pesar de ello, sintió que su sangre se alborotaba a la vista del espectáculo. Navegaron a toda velocidad hasta una milla o dos de la costa y allí a ella se le ocurrió darse un chapuzón; en consecuencia, el viejo paró el motor y la sirena se hundió en el mar con su gracia alada.

El encargado de las relaciones públicas, para justificar su sueldo, había organizado otra expedición, de modo que una segunda canoa, repleta de reporteros gráficos armados de sus cámaras tomavistas, emprendió la marcha para captar en toda su plenitud la belleza de

la hermosa en sus juegos acuáticos...

Estaban a media milla de distancia de la estrella cuando se produjo la explosión.

Fue un estallido que sonó igual que una bomba de aviación. Vieron la lancha motora convertirse en un abrir y cerrar de ojos en una llama. Después, fragmentos de la embarcación volaron en todas direcciones entre una humareda negra y espesa. Hubo quien pensó que entre aquellos fragmentos volaban también pedazos del viejo patrón...

El agua se levantó en un surtidor impresionante, mientras el horrísono estallido se desvanecía en el silencio del mar. Fue un espectáculo de una grandiosidad como le hubiese gustado a cualquier productor de películas de acción.

La actriz fue salvada por los reporteros, cuyas cámaras echaban chispas a causa del furioso funcionamiento. Nora se desmayó como era su obligación cuando alguien mencionó al infortunado barquero, lo cual dio motivo para más fotografías y encantó al encargado de las relaciones públicas...

Luego, empezaron las cábalas. La teoría del accidente estuvo oscilando en la cadena de probabilidades hasta que a alguien se le ocurrió mencionar el atentado... ¡Un atentado!

¿Sería cierto?

Tres días después, ya de regreso a Hollywood, se produjo el segundo hecho que conmovió a los admiradores de la diosa de carne a la que parecía perseguir un fatal destino.

Las primeras páginas de las revistas aparecían llenas de fotos del primer desastre, cuando Nora Renton escapó otra vez a la muerte de manera; casi milagrosa.

Sucedió en el ascensor de las oficinas del estudio para el que trabajaba. De manera incomprensible, los cables se rompieron y la jaula metálica se precipitó al vacío con la estrella dentro. Afortunadamente, la caída fue solo de dos pisos y Nora sólo sufrió, aparte del consiguiente *shock* nervioso, ligeras magulladuras.

Sólo que tan pronto el alboroto se calmó un poco, se supo que a aquella hora precisamente ella debiera haber salido de la oficina del productor, que estaba ni más ni menos que en la décima planta...

De nuevo se desataron las más exaltadas fantasías y hubo quien

habló de llamar a la policía. Tras esto, los encargados de publicidad pusieron el grito en el cielo negándose en redondo a que interviniera la Ley en el asunto por miedo al escándalo. Si los indiscretos polizontes metían demasiado la nariz en la vida privada de la actriz las cosas podían ponerse realmente feas para ella... y para la sacrosanta publicidad, por supuesto.

De modo que el asunto sirvió a los reporteros para tejer fantásticas versiones de la mala suerte de la estrella, o buena, según cómo se mire.

Pero a raíz de ese segundo desastre, Nora Renton comenzó a creer menos en la casualidad y la mala suerte.

Por esas fechas, todo el mundo sabía que el amor más o menos oficial de la estrella era un magnate llamado Jay Wallenberg, quien, además de amasar millones tenía el «*hobby*» de amontonar matrimonios fugaces, el último de los cuales se había desvanecido apenas dos meses atrás. En consecuencia, no tiene nada de sorprendente que la estrella le pidiera consejo y protección al amoroso millonario como a sus millones.

Wallenberg era un hombre de acción. Se había enfrentado a situaciones muy difíciles en su vida, incluso violentas, como una vez que organizó una «contrahuelga» para someter a los obreros de una de sus factorías de acero y resultaron seis muertos y un sinnúmero de heridos, cosa que no pareció interesar mayormente a las autoridades.

En esta ocasión, el millonario escuchó a su adorada de tumo, gruñó un par de juramentos y sólo dijo:

—Déjalo de mi cuenta, Nora querida... Si realmente hay alguien interesado en perjudicarte lo pasará muy mal.

Al día siguiente, el chófer de la estrella fue despedido y en su lugar apareció una especie de gorila peludo y de nariz aplastada que respondía al nombre de Ozzie y miraba a todo el mundo como preguntándose en qué lugar iba a golpear para entrar en forma.

La segunda «protección» surgió en forma de «asesor técnico», cargo que nadie supo muy bien qué significaba. Pero el «asesor», cuyo nombre era Michel Spier, tenía unos hombros como un estadio y un rostro que no invitaba precisamente a crearse amistades.

Transcurrió una semana en completa tranquilidad. Después, las cosas volvieron a complicarse.

Ozzie conducía el largo «Cadillac» descapotado con la misma delicadeza con que habría manejado un tanque de sesenta toneladas. Nora y Jay Wallenberg, muy juntos, ocupaban el asiento posterior orgullosos de las oleadas de curiosidad que despertaban. El auto descendía por Beverly Canyon, a una velocidad más bien prohibida cuando sonó el disparo.

En realidad, sonó como la explosión del tubo de escape de un coche, y nadie hubiera prestado la menor atención al mismo de no haber aparecido un perfecto agujero rodeado de estrías en el parabrisas del coche.

Ozzie no era precisamente un rayo en sus reacciones. Se quedó, mirando el orificio con ojos estúpidos hasta que la voz de trueno del magnate aulló:

—¡Para, imbécil!

El auto se detuvo con una sacudida. Y entonces Ozzie se encontró en su ambiente. Sacó un impresionante revólver y saltó fuera del «Cadillac», buscando a alguien en quién clavar las seis balas blindadas del cilindro.

Sólo que no había, un alma a la vista. Rugiendo de furor, Wallenberg se apeó y miró también alrededor. No, parecía que nadie se hubiese alarmado lo más mínimo por el estampido, excepto ellos.

—¡No se ve a nadie, patrón! —graznó Ozzie.

—¡Guarda ese maldito revólver, idiota!

Ofendido, Ozzie obedeció. Nora, pálida y temblorosa, estaba acurrucada en el asiento como si esperase recibir un balazo de un instante a otro.

A la derecha del solitario paseo se elevaba una interminable pared de ladrillo rojo que se perdía en la lejana esquina. Por encima de la pared se desbordaba una magnífica enredadera cuajada de flores. No: podía verse nada al otro lado de aquel muro de tres metros de altura, pero era de suponer que hubiera una de las magníficas residencias de las colinas. Ozzie se desplazó a lo largo de él hacia la esquina. Antes de llegar a ella se detuvo en seco y gritó, excitado:

—¡Aquí, patrón!

Wallenberg, olvidándose de su dignidad de magnate, echó a correr para reunirse con su hombre. El dedo como una salchicha de

éste señalaba hacia arriba, a las flores de la enredadera.

El millonario no necesitó explicación alguna. El largo cañón del rifle era perfectamente visible, inmóvil y reluciente bajo el sol.

—¡Condenación! —bramó—. Hay que averiguar quién vive ahí...

La vocecilla apagada de Nora dijo desde el coche:

—Devorah Lowell, querido...

—¿Qué?

—Vamos por ella —gruñó Ozzie echando a andar.

—¡Espera! ¿No sabes quién es esa mujer?

—¿Yo? No...

—Una estrella de cine, idiota... La mejor después de Nora Renton. ¿No es cierto, amor?

Nora no tenía voz ni para replicar. Trataba de despegar la mirada del agujero del parabrisas, pero no podía conseguirlo. Quizá porque pensaba que, con un poco menos de suerte, aquel agujero muy bien podía haber aparecido en su cabeza.

—Vas a subir por el muro y apoderarte del rifle, Ozzie.

—¿Subirme? ¡Si es más liso que un cristal...!

—Yo te ayudaré. Vamos, arriba.

Unió las manos para que el gorila pudiera servirse de ellas como escalón. Lo hizo y Wallenberg le impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas. La mano derecha de Ozzie se cerró en torno al cañón del rifle. Sólo que entonces su jefe se cansó de sostenerle y abrió las manos...

Ozzie se dio un tortazo de todos los diablos, pero no pareció lamentarlo. Se levantó como si hubiera rebotado, enarbolando el rifle con aire triunfal.

—Veamos —gruñó Wallenberg.

Lo tomó por el cañón y lo examinó. Era uno de esos rifles de caza, de repetición, bien cuidado y engrasado. El cañón olía a pólvora que mareaba.

—Bueno, veremos qué tiene que decimos esa dama —rezongó.

Ordenó a Ozzie que diera vuelta a la esquina y se dirigiera a la entrada de la extensa propiedad. Había una verja enorme, cerrada, y que no se abrió a pesar de las múltiples llamadas al timbre del millonario.

—¡Maldita sea! Ni siquiera acuden a abrir —rezongó.

En vista de su fracaso, regresó al coche y reemprendieron la marcha hacia el centro. Dos horas más tarde, y gracias a sus relaciones y esplendidez, había averiguado que las huellas del rifle correspondían a una mujer sin lugar a dudas.

Luego, aquella misma tarde, obtuvo las huellas de Devorah Lowell, sacadas de un frasco de perfume del estudio, y ya no le cupo duda. Las impresiones dactilares eran idénticas.

Fue a raíz de ese descubrimiento que Donald Festón me llamó con acento desesperado.

Y acudí, por supuesto; entre otras razones porque Fenton, además de una incalculable influencia, era poseedor igualmente de una fortuna más que regular.

CAPÍTULO II

—No puedes creer que todo eso sea cierto —rezongué, después de escucharlo.

—No cabe duda que los accidentes, o lo que fueran, sucedieron uno tras otro. Ya te he dicho que...

—He leído las revistas de chismes —te atajé, cansado—. Esa gente exageran cualquier cosa con tal de obtener publicidad.

—Esta vez no hay exageración. Lo he comprobado, Nick.

—Ya veo... ¿Estás seguro que el rifle pertenecía a tu estrella?

—Devorah afirma que es suyo, aunque no recuerda ni remotamente cuándo lo tuvo en las manos por última vez. Hay un campo de tiro detrás de su residencia. A veces se divierte con sus invitados haciendo concursos estúpidos, ya sabes lo que es eso.

—Okey, supongamos que ellos dan a la publicidad todo esto. ¿Dónde está el motivo para desesperarte, Donald?

Casi se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero es que no entiendes? Llevas mucho tiempo metido en el ambiente de Hollywood para que sepas qué significa la publicidad para cualquier película...

—¿Y...?

—Hace exactamente una semana hemos terminado una superproducción musical con Devorah Lowell como protagonista. Ni siquiera la hemos montado todavía. ¿Imaginas qué sucederá si los periódicos comienzan a publicar acusaciones contra la estrella de la película? Será una publicidad fatal... y perderemos millones de dólares, Nick... ¡Millones!

—Ya veo... ¿Quién los perderá?

Rezongó un juramento en voz baja. Luego gruñó:

—Puedes ponerme a la cabeza de la lista.

—De manera que así están las cosas —rezongué—. ¿Quién sigue después de tu bolsillo?

—Los accionistas, por supuesto. Y los Bancos... Esos buitres se nos echarán encima tan pronto huelan la tostada. Sus créditos están garantizados por la productora y los estudios. Un desastre, lo mires por donde lo mires.

—Un poco más y te pondrás a llorar. Está bien, ¿qué esperas que haga yo?

Suspiró ruidosamente, echándose atrás en el butacón. Encendió un cigarrillo y observé que sus dedos temblaban.

Al fin dijo:

—Quiero que protejas a Devorah Lowell, que cuides de sus intereses y alejes la amenaza que pende sobre ella.

—Yo diría que la amenaza pende sobre Nora Renton...

—Déjate de chistes. Nora Renton no pertenece a nuestra productora. Me importa un comino lo que le ocurra, pero cuando le suceda necesito estar seguro de que Devorah no será acusada en ningún sentido.

—Ya veo. ¿Has advertido a Devorah de mi intervención?

—He hablado con ella respecto a ti. Por supuesto, tu nombre no le es desconocido. Eres el fisgón más caro de Hollywood y del que más se ocuparán los periódicos. Eso ayudará a que ella se confíe a ti.

—¿Qué tiene que confiarme, sus ansias homicidas acaso? No seas iluso; una estrella de su magnitud no se confía ni a su propia madre. Pero la veré esta misma noche y hablaré con ella. Y creo que haré también una visita a Nora Renton...

—Puedes obrar como se te antoje mientras recuerdes que tu obligación es proteger a nuestra estrella. Por lo menos, hasta que la película haya sido estrenada y amortizada.

—Lo cual quiere decir que después de eso ya no te importa lo que pueda sucederle a Devorah, ¿eh? Muy considerado de tu parte.

Me encaminé a la puerta escuchando el gruñido de disgusto de Fenton, y sus maldiciones dedicadas a mi desfachatez.

Penetrar en el nido privado de una estrella de primera magnitud resulta siempre una empresa punto más o menos que irrealizable. Y menos de noche.

No obstante, las advertencias de Fenton debían haber llegado mucho antes que mi viejo Dodge, por cuánto la impresionante verja de hierro se deslizó a un lado tan pronto anuncié mi nombre.

Conduje el coche por el ancho paseo hasta el edificio y allí apagué el motor y encendí un cigarrillo.

Por lo que pude ver en la oscuridad, la casa era lo bastante espaciosa como para albergar un regimiento entero. Su gran puerta de madera claveteada se abrió mientras yo descendía del auto, y una sirvienta de color, de ojos brillantes y dientes que relucían en su cara oscura surgió para darme la bienvenida.

—Me llamo Nick Mains —anuncié innecesariamente—. Creo que están esperándome.

—Sí, señor.

Penetré en el vestíbulo y la sirvienta cerró la puerta. Después me guió hasta una estancia íntima pintada de un color blanco deslumbrante. Unos cortinajes del mismo color velaban un gran ventanal francés que ocupaba toda una pared.

—La señorita vendrá en un instante, señor. Tiene licores en la mesita...

Y se fue.

Había licores en abundancia. Les hice el honor de probarlos con una dosis de acuerdo con la casa. Estaba por el segundo *whisky* cuando oí abrirse la puerta y al volverme me encontré con dos personas plantadas en el umbral.

Una, la más interesante, era una visión en rojo que quitaba el aliento: pantaloncillos diminutos, rojos; jersey rojo, zapatillas de tacón rojas y labios rojos como la sangre. El conjunto rojo encerraba una colección de curvas como una carretera de montaña y tan fatales como ellas.

Se sostenía sobre los tacones agudos igual que clavos y me miraba con ojos verdes entrecerrados.

Su acompañante era un individuo delgado, de rostro cetrino, pero tan bien parecido que debía mirársele dos veces para convencerse de que no iba maquillado. Cuando se acercaron en silencio advertí que, a pesar de su delgadez, tenía unos hombros robustos y una elasticidad viva y fuerte. No me gustó nada el tipo.

La visión en rojo murmuró:

—De modo que usted es Nick Mains, ¿eh?

—Seguro. Espero que Fenton le haya hablado de mí.

—Oh, sí; y no solamente el pobre Fenton, sino todos los diarios de California de vez en cuando. Pero ¿no quiere sentarse?

Bebí otro trago de mi vaso y me dejé caer en una butaca. Entonces, la estrella señaló a su compañero.

—Éste es Danny. Quizá haya oído hablar de él; su nombre completo es Danny Dooley.

Era la primera vez que semejante nombre sonaba en mis oídos. Dije:

—¿Debería haber oído algo sobre su amigo?

—Bueno, en relación conmigo, por supuesto. Esos chismosos de las revistas, ya sabe...

—Entiendo. ¿Debe asistir a nuestra conversación?

Eso pareció dolerle a Danny Dooley. Enrojeció y abrió la boca, pero Devorah se le anticipó:

—¡Naturalmente! El querido Danny puede oír todo lo que tengamos que hablar.

El «querido Danny» asintió con un enérgico cabezazo.

—Está bien —claudiqué—. Me pregunto cómo podré velar por sus intereses, Devorah. Según Fenton, las cosas se han puesto feas a raíz de que su rifle se utilizó para un atentado...

—«Uno de mis rifles» —me corrigió—. Tengo otros muchos, de diferentes tipos.

—¿Dónde?

—En el salón de juegos.

—¿Al alcance de cualquiera?

—Bien, de cualquiera que esté en la casa, por supuesto.

—Quiero decir si no los tiene encerrados en un armero o algo así.

—¡Pero claro que están encerrados! Pero alguien abrió el armero y sacó el «Marlin». Por cierto, que todavía no me lo han devuelto.

—¿Quién lo tiene?

—Wallenberg... o Nora Renton, porque supongo que lo guardan en casa de ella como prueba.

—¿Y dónde estaba usted cuando se efectuó el disparo desde su jardín?

Cambió una rápida mirada con Danny Dooley. Éste se encogió de hombros con evidente fastidio y ella dijo:

—Había estado en los estudios hasta una hora antes aproximadamente... suponiendo que sea cierta la hora del atentado.

—Pero ¿dónde estaba a esa hora?

—En camino de vuelta a casa.

—¿Sola?

—Con Danny, por supuesto.

—Por supuesto —repetí como un eco.

El aludido gruñó:

—Me gustaría estar seguro de qué parte está usted, Mains.

—Me pagan para estar de parte de Deborah, pero he de saber el terreno que piso para poder ayudarla. ¿Pueden ellos aducir algún motivo para que usted quisiera matar a Nora Renton?

Nueva mirada entre los dos. Empezaba a cansarme de aquel juego.

Y me cansé más cuando Dooley refunfuñó:

—Ya basta de preguntas, polizante. Si usted también sospecha de mi querida Deborah, mejor será que se largue.

—Mire, cierre el pico y no me estorbe. Éste es un asunto que concierne a la productora y todavía no sé qué vela aguanta usted en este entierro, de modo que manténgase al margen. ¿Entiende?

Su bello rostro se congestionó de furia y dio un paso adelante en actitud agresiva. Comencé a pensar que tendría que estropearle la fachada a fin de cuentas, pero la mano suave de la muchacha le sujetó sin esfuerzo. Le sonrió de manera encantadora y sus ojos parecieron acariciarlo.

—Por favor, cariño, cálmate —susurró—. Yo me entenderé con el señor Mains. ¿Por qué no sales a dar una vuelta mientras nosotros tratamos de negocios? Estás muy nervioso...

El «querido Danny» titubeó, mirándome como si quisiera atravesarme de parte a parte. Barbotó algún insulto que no entendí y finalmente se dejó convencer.

—De acuerdo, amor —masculó—. Pero no me gusta si fisgón. No me gusta en absoluto...

—Muy bien, no te gusta —suspiró la estrella—, pero eso no hace más que entorpecer las cosas... Llámame mañana, Danny, querido. ¿Lo harás?

—¿Puedes dudarlo?

Se encaminó a la puerta con ella colgada del brazo. Aproveché para vaciar mi vaso y lo abandoné sobre la mesita. Cuando ella regresó venía radiante por la victoria obtenida. Comentó:

—Es un buen chico, Mains... Todo un caballero. Sólo que es

bastante susceptible, ¿sabe?

—Ya me he dado cuenta.

Vino a sentarse frente a mí. Cruzó las piernas y el espectáculo alteró el ritmo de mi respiración.

—Ahora podemos hablar usted y yo —propuso.

—No hay mucho que discutir, excepto lo que concierne a su protección, que todavía no sé cómo llevarla a cabo. No puedo estar pegado a sus talones las veinticuatro horas del día...

—No, sospecho que no puede hacerlo... sería un tanto embarazoso según a qué horas, ¿eh?

La miré con el ceño fruncido. Ella me sonrió y sus labios rojos adquirieron la atracción del vértigo. Compadecí al «querido Danny».

—Mejor será que trate de neutralizar la amenaza que parece gravitar sobre Nora Renton —mascullé, desviando la mirada—. Ésa la dejará a usted al margen del asunto.

—He oído decir que de eso se encarga su protector de tumo.

Enarqué las cejas.

—¿Se refiere a Wallenberg?

—¿A quién otro sino? Seguro que me refiero al gran sapo.

—No parece sentir ninguna simpatía por él.

—Le odio. O, mejor dicho, le desprecio. Me produce náuseas.

Me enderecé en la butaca, súbitamente interesado.

—¿Por qué? —indagué.

—Eso no tiene nada que ver con su trabajo, pero le diré que antes de liarse con Nora me propuso que me casara con él. Lo mandé al infierno.

—¿De veras?

—Es un sapo hinchado y engreído... baboso, eso es. Cree que con su sucio dinero puede comprarlo todo.

—¿Y no es así?

—En lo que a mi concierne, no. Soy muy especial para estas cosas.

—¿Lo sabe Nora Renton?

—No creo que él se lo haya dicho.

—No parece probable... ¿Qué opina usted de los atentados cometidos contra Nora?

—No creo en ellos.

—Ni siquiera ha tenido que pensarlo...

—Porque conozco a esa pequeña zorra. Es capaz de todo para obtener publicidad gratuita.

—¿Incluso capaz de volar una lancha, con el barquero dentro? Titubeó. Parpadeó y sus ojos rehuyeron los míos.

—Bien —murmuró—, eso tal vez fue realmente un accidente.

—A juzgar por lo que he leído, no lo fue. El depósito de combustible de una embarcación del tipo de la que estalló no puede pulverizar una motora semejante. Si hubiesen dejado intervenir a la policía estoy seguro que habrían encontrado rastros de alguna clase de explosivo.

—Entonces, no sé qué pensar. Todo lo que sé es que yo no he intervenido para nada en todo esto.

—La creo.

—¿Lo dice de veras, no trata de tranquilizarme con sus palabras?

—En absoluto.

Sonrió de modo cautivador. Por un instante me dije que me confundía con Danny, tan ardiente fue su manera de mirar. Luego, apartó la cara y se dedicó a preparar unos tragos.

Me ofreció un vaso y ella sorbió de otro, muy despacio. De nuevo, sus ojos me estudiaron profundamente.

Y de repente dijo:

—¿Sabe? Me gustaría que pudiera permanecer siempre junto a mí, hasta que haya pasado el peligro. De esa manera usted sería mi mejor coartada.

—Creo que ese papel lo puede representar Danny con más propiedad que yo.

Se echó a reír.

—Danny está enamorado de mí —manifestó entre risas—. Eso hace que sus otros sentidos estén un poco atrofiados. No creo que sirviera de mucho en un caso de apuro, usted sabe...

—Ya veo.

Me refugié en el vaso y durante unos instantes reinó el silencio.

Después dije:

—Antes no ha respondido a mi pregunta. ¿Alguien puede aducir algún motivo para que usted deseara la muerte de Nora Renton?

—Mucho me temo que sí.

—Malo. ¿De qué se trata?

Vaciló otra vez antes de explicar:

—Hace un par de semanas me escamoteó un contrato...

—¿Cómo fue eso?

—Debí haberlo sospechado, naturalmente, pero no se me ocurrió hasta que ya estuvo hecho. Me habían propuesto protagonizar un film dramático y yo dije que lo pensaría, aunque en realidad pensaba aceptar de todos modos. Pero estaba trabajando todavía en la producción de Fenton. Ella aprovechó esta circunstancia para maniobrar y ganarme el terreno. Total, le dieron el papel.

Asentí con un gesto. Sabiendo los odios, envidias y rencores que corroen el mundillo del cine, todo el mundo aceptaría el hecho como buen motivo del atentado.

—Volvamos al rifle —decidí, tratando de olvidarme del espectáculo enervante que ella me ofrecía—. ¿No recuerda cuándo fue la última vez que lo tuvo en las manos?

—Ni por asomo. Cuando nos reunimos algunos amigos, solemos divertimos en el jardín practicando el tiro. Eso sucede de vez en cuando, pero ahora hace tiempo que no hemos disparado a causa de mi trabajo en la última producción de Fenton. Estuve muy ocupada para pensar en esas diversiones.

—Ya veo... Imagino que usted dispara bien, ¿no es cierto?

—Bueno, todos opinan que sí Naturalmente, yo nunca hubiera fallado el tiro...

—¿Qué tiro?

—El que atravesó el parabrisas del coche de esa pequeña zorra. Por lo que me han contado, fue un disparo lamentable.

Había una gran dosis de sarcasmo en su voz. No me gustó su manera de enfocar el asunto.

—Tal vez sea preferible que no exteriorice usted sus sentimientos al respecto —gruñí—. Es posible que ese haya sido un disparo perfecto.

—¿Perfecto? No sea tonto... fallaron por más de dos metros.

—Ahí está lo raro... quizá no tenían intención de clavarle una bala a Nora Renton. Quizá sólo deseaban asustarla, o provocar otros acontecimientos que de momento no comprendo. Lo que es indiscutible es que el disparo fue hecho desde su jardín, y que según usted, a aquella hora no había nadie en la casa.

—Exactamente, porque era el día que las dos sirvientas tenían

libre.

—Y usted estaba viajando en compañía de Danny, ¿eh?

—Así es.

—Entonces, hay alguien muy familiarizado con usted y sus costumbres, metido en esto.

Asintió con un gesto. Sus labios sonrieron turbadoramente.

Suspiré, porque no estaba adelantando un paso. Señaló mi vaso vacío y lo llené otra vez. Empezaba a saborearlo cuando ella murmuró:

—Usted me inspira una gran confianza, Nick... Puedo llamarle así, ¿no es cierto?

—Por supuesto, me encanta.

—A mí puede llamarme Debby. Todos mis amigos me llaman así, ¿sabe?

—Me alegra que pueda contarme entre sus amigos, aunque de momento eso no nos lleve a ninguna parte.

—Quién sabe...

La miré con más atención. Sonreía y sus dientes, blanquísimos, relucían entre la llama de sus labios. Sentí un escalofrío, pensé en Fenton, en Danny Dooley y en otras cosas y me levanté.

—No me diga que va a marcharse ahora —suspiró.

—Tengo que trabajar, Debby. No olvide que el gran Fenton está corriendo con los gastos.

—El puede pagar...

—Sí, bueno...

Se levantó y quedó ante mí, erguida y majestuosa como una estatua de alabastro. El rojo de su atuendo parecía reflejarse en el fondo de sus ojos.

—¿Cuándo volverá, Nick?

—No lo sé.

—Que sea pronto.

—¿Por qué?

Sus ojos hicieron diabluras al clavarse en los míos.

—Para saber cómo está su trabajo, naturalmente —susurró.

—Ya veo. ¿No tiene idea de quién pudo sacar el rifle del armero?

El brusco cambio la desconcertó momentáneamente.

—No lo sé... —dijo muy bajo.

—¿Pudo ser Danny?

Respingó y toda la suavidad de sus maneras se evaporó.

—¡No meta a Danny en esto! —estalló—. El estaba a mi lado, en el coche. ¿Qué le pasa a usted, está celoso?

—No lo estaría, aunque los viera a los dos estrechamente abrazados y... Pero al diablo, estamos desviándonos del asunto. Ya nos veremos, Debby.

—De modo que no estaría nunca celoso —refunfuñó—; no le importaría..., ¿qué clase de ave fría es usted?

—Una especie un tanto experimentada. Buenas noches, Debby, querida.

Soltó una frase poco halagüeña para mí. Me largué y encontré a la sirvienta de color esperándome en el vestíbulo. Minutos después rodaba por Sunset rumbo a la residencia de otra luminaria: Nora Renton.

CAPÍTULO III

Ver a una de esas damas en la pantalla o verla al natural puede provocar dos reacciones: o un profundo desencanto al comprobar que son producto de los afeites y maquillajes, o la sensación de que la pantalla necesitaría ser tridimensional para hacerles justicia. Nora Renton estaba en el segundo caso.

Su anatomía exuberante, vista al natural, provocaba alteraciones en la circulación sanguínea de uno. Su cabellera de un rubio plateado se desbordaba como una corta cascada de oro sobre sus hombros desnudos, de un blanco marfileño. Llevaba un vestido de noche sin espalda y que terminaba a mitad de su altivo busto.

Dándole escolta, Jay Wallenberg, con su rostro de perro de presa, producía la sensación de que velaba por sus propiedades.

Los dos me miraban como si yo fuera un habitante de otro planeta que hubiera caído en medio del salón por accidente.

Por supuesto, me habían escuchado a regañadientes, y Wallenberg dijo tras un largo silencio:

—Se necesita desfachatez para venir aquí con semejante historia... Confiesa usted que trabaja para esa Devorah Lowell, y sin embargo se presenta aquí y...

—Me gusta poner las cartas sobre la mesa —le interrumpí—. No creo en esos atentados, eso es todo.

—Está loco —suspiró la hermosa estrella.

—¿Loco? —rugió el millonario—. Más bien creo que es un bastardo muy inteligente. Trata de liarte en alguna especie de trampa, eso es todo. Pero se estrellará, naturalmente.

Encendí un cigarrillo y de paso aproveché para dedicar un vistazo al hercúleo Michel Spier, que asistía a la entrevista sin despegar los labios ni mover un músculo. Yo sabía algunas cosas de semejante individuo, pero no era momento de pregonar mis conocimientos.

—No hay trampa en ninguna parte —dije con calma—. Opino que se han exagerado unos simples accidentes con vistas a la publicidad. Lo que no me explico todavía es el disparo de rifle, pero no deja de ser un poco sospechoso el hecho de que se hayan negado a que intervenga la policía si todo esto es real.

La estrella dio un respingo. La cara de Wallenberg se puso roja.

—¿La policía? —rugió—. ¿Para qué queremos a la policía? Yo sé cómo manejar este asunto. Lo sé muy bien. Y ahora, antes que le eche de aquí, cuénteme qué se trae realmente entre manos.

—Mire, no se ponga bravo, ¿quiere? Ésta es una discusión de negocios. Llevo el suficiente tiempo en Hollywood para saber las triquiñuelas de la publicidad. Supongamos que esos atentados fueron otros tantos intentos de asesinato...

—Lo fueron...

—Admitámoslo. ¿Green verdaderamente que una mujer es capaz de llevarlos a cabo?

—Puede esperarse cualquier cosa de una zorra como la Lowell —barbotó el millonario.

—Lo que no es obstáculo para que usted haya intentado conquistar a esa «zorra» de quien habla con tanto desprecio.

—¡Qué!

Fue una especie de rugido que sonó bronco y violento. Al mismo tiempo avanzó con los puños en ristre.

Di un salto de costado y añadí:

—Es inútil que trate usted de negarlo, Wallenberg. Sólo cuando ella le despidió con cajas destempladas usted dedicó sus atenciones a Nora Renton... ¿Prefiere que lo publique en las revistas de chismes?

Se detuvo en seco, rojo de ira, mientras Nora se levantaba poco a poco con una mirada brillante en sus ojos de ágata.

—¡Jay! —exclamó entre dientes.

—¡Miente, Nora, querida! Pero le haré tragar sus embastes junto con los dientes...

Mi preocupación principal era Spier, que empezaba a salir de su inmovilidad, aproximándose a nosotros. Lo señalé al tiempo que advertía:

—Diga a su gorila amaestrado que se esté quieto, Wallenberg, o tendrá usted un escándalo como no ha soñado.

Fue la muchacha quien gritó:

—¡Basta, no quiero peleas en mi casa!

Sólo que Spier no la escuchó y disparó el primer golpe con una potencia estremecedora. Si llega a alcanzarme me hubiera levantado del suelo, sólo que esquivé con facilidad y repliqué con un seco «uno dos» más abajo del cinturón. Se dobló como una navaja, rugiendo de dolor. Antes que Wallenberg pudiera intervenir descargué un mazazo de arriba abajo que alcanzó en la nuca del matón. Su cara innoble golpeó contra el suelo aplastándose la nariz. Un surtidor de sangre empezó a teñir las baldosas de mármol rosado y Spier se quedó inmóvil perdido el conocimiento.

Wallenberg lo contempló como si no diera crédito a lo que estaba viendo. Mi respiración era mucho más agitada que lo normal cuando le advertí:

—Sé que sus matones van armados. Yo también. La siguiente pelea será a balazos, métase eso en la mollera, ¿quiere? Quizá así podamos terminar la charla en paz.

Estaba pálido y sus ojos saltones brillaban con ansias asesinas. Pensé que era la primera vez en su vida que tropezaba con alguien que escapaba a su control.

Nora susurró:

—Por favor, Jay, basta de violencias...

—Eso díselo a ese... ese hijo de perra —barbotó Wallenberg.

Ella me miró y en sus ojos hubo un destello de súplica, una luz extraña que actuó como un bálsamo en mis nervios. Le sonreí.

—Okey, haya paz —dije—. He venido en busca del rifle. Pertenece a Devorah y debe serle devuelto.

—¿Cree que va a salirse con la suya? —rugió el gran magnate.

—Estoy seguro. Y tal vez sea hora de aclarar posiciones entre usted y yo. Si ha oído hablar de mi sabrá que acostumbro proteger a mis clientes hasta las últimas consecuencias. Esta vez mi cliente es Donald Fenton, y por añadidura, Devorah Lowell, de modo que sus intereses son los únicos válidos para mí...

—¡Escúcheme usted a mí...!

—Cierre el pico. Empiezo a cansarme de sus aires de déspota pasado de moda.

—¡Le haré saber las consecuencias de desafiarme! —aulló, en un último intento de mantener su autoridad delante de la estrella.

—Seguro que lo intentará, pero enfrentarse conmigo no es lo mismo que organizar una batalla de obreros en huelga, matando a unos cuantos. Sus millones no le servirán esta vez...

—¡Está Loco, rematadamente loco...!

—Tal vez. ¿El rifle, por favor?

—¡Maldito si...!

Norma, que seguía de pie, avanzó los dos pasos que la separaban de mí. Sus ojos eran dos profundos abismos en los que deseaba hundirme sin importarme las consecuencias.

—¿Es el rifle todo lo que quiere? —susurró.

—Es el motivo principal de esta visita.

En el suelo, Spier gimió. Empezó a rebullir.

La joven decidió:

—Se lo daré, si con eso terminamos esta desagradable escena.

—¡Nora, no te permito...!

La voz del millonario se extinguió cuando ella le dirigió una mirada capaz de derretir un iceberg. Con voz firme, la estrella repitió:

—Le daré el rifle y terminaremos de una vez. ¿Se irá, no es cierto?

—Por supuesto.

Giró sobre los talones y abandonó la estancia. Sus caderas, bajo la apretada tela del vestido, realizaron toda una exhibición capaz de hacer subir la cotización de una película con esa sola secuencia.

Wallenberg soltó un mugido y ayudó a Spier a levantarse. El matón buscó un pañuelo y lo apretó contra su chorreante nariz. El millonario gruñó:

—¡Lárgate, estás sangrando como un cerdo!

Tras una mirada de odio, Spier se fue dejándonos solos.

Entonces comenté:

—Me parece curioso que se rodee usted de individuos como Spier, Wallenberg. Y no hablemos de Ozzie...

—Son empleados de Nora.

—¡Con un demonio! Son carne de presidio.

—¡Mire...!

La llegada de la estrella le impidió seguir. Traía el rifle, casi todo él envuelto en un papel grueso, supuse que para preservar las huellas.

Lo tomé, corrí el cerrojo para comprobar que estaba vacío. Luego me lo coloqué bajo el brazo y me dispuse a marchar.

—Tal vez necesite visitarla otra vez, señorita Renton —advertí—; lamento el espectáculo que hemos organizado aquí, pero no he tenido más remedio.

—¡No se atreva a volver, maldito espía! —rugió Wallenberg, congestionado de furor—. Daré órdenes para que si tiene el atrevimiento de volver aquí le arrojen a puntapiés.

Me encogí de hombros.

—Hágalo y empiece a buscar otros matones para sustituir a los que tiene ahora. Adiós, señorita Renton... Ha sido un placer.

Lo había sido verdaderamente. Ella sonrió de labios afuera. Wallenberg soltó un bufido. Abrí la puerta y salí.

Fuera, al lado de mi coche, Ozzie y Spier aguardaban. Cambié el rifle de mano y saqué el revólver, que les mostré claramente.

Dije:

—Los dos están a sueldo de Wallenberg, ¿eh? Muy bien, inicien una bronca y verán lo difícil que les resulta ganarse el sueldo.

Se miraron, indecisos. Sus ojos no se apartaron de mí «38» a medida que yo avanzaba hacía mi auto.

De repente, Ozzie pegó un salto inverosímil y cuando sus pies volvieron a entrar en contacto con el suelo un tremendo revólver había aparecido en su mano.

Apreté el gatillo y mí «38» rugió como un cañón. La bala levantó un surtidor de grava entre los dos enormes pies del matón, que repitió su salto, esta vez mucho más alto que el anterior.

Ninguno de ellos había sospechado siquiera que yo fuera capaz de iniciar un tiroteo. Ozzie titubeó, estupefacto. La puerta se abrió detrás de mí y la voz como un trueno de Wallenberg aulló:

—¡Maldito sea, estúpido! —supuse que se refería a Ozzie.

—¡Mire, patrón...!

—¡Guarda el revólver! ¿Quién ha disparado?

—Yo. Puedo volver a hacerlo con más acierto si surgen más dificultades para salir de aquí.

El millonario se acercó a Spier y lo apartó de mi coche con un empujón brutal. Después miró a Ozzie y le dedicó un soez insulto. Por último se enfrentó conmigo.

—¡Lárguese! —chilló—. ¡Lárguese y no se le ocurra volver!

Me instalé en el coche, guardé el revólver y abandoné la propiedad de la estrella no muy seguro de que pudiera salir sin más tropiezos.

No obstante, no sucedió nada. Tomé el camino de la residencia de Fenton preguntándome si no habría llegado demasiado lejos con mi enfrentamiento a Wallenberg...

CAPÍTULO IV

Donald Fenton, vestido con un deslumbrante pijama de seda negra, ojos de sueño y gesto malhumorado, escuchó mi relato con evidentes muestras de disgusto. Únicamente la posesión del rifle parecía compensarle de las preocupaciones que yo le proporcionaba.

—No estoy muy seguro de que hayas obrado cuerdamente al desafiar a Wallenberg tan abiertamente —rezongó finalmente—. Es un mal enemigo, incluso para mí.

—Yo cuidaré de él si llega el momento. Únicamente quería que supieras qué había sucedido por si surgían complicaciones.

Acarició el rifle de manera instintiva. Suspiró.

—En fin, Nick; tenemos este trasto y eso ya es algo. No podrán probar nunca que un rifle de Devorah sirviera para cometer el atentado, y eso sólo ya me reconcilia contigo. ¿Qué te propones hacer ahora?

—Acostarme cuanto antes.

—Se me ocurre que sigo pagándote incluso cuando duermes. Es un mal negocio —pareció considerar esta idea con evidente amargura y finalmente sonrió de mala gana—. Supongamos que ya has dormido todo lo que necesitas. ¿Qué harás mañana?

—No lo sé todavía. He de comprobar la veracidad de esos «accidentes», o lo que sean. Después decidiré. A propósito, Donald; he conocido a un mequetrefe llamado Danny Dooley, muy «pegado» a tu estrella. ¿Hasta dónde es importante el tipo?

No pudo contener una mueca de fastidio.

—La última pasión de Devorah.

—No cabe duda que él es un hermoso ejemplar.

—Sí, ya lo advertí. Pretende casarse con Devorah, ¿sabes? Los encargados de la publicidad están calculando las ventajas que ese matrimonio reportaría a Devorah y a la «Mutual Films».

—De modo que antes de dar el «sí», la niña debe esperar el visto bueno de los jefes de publicidad...

—Sólo en parte. Devorah no quiere oír hablar de matrimonio por el momento, ni siquiera con ese hermoso ejemplar llamado Dooley.

—¿Quién es él?

—Una especie de *gigoló* que pretende ser actor, pero le falta talento para llegar a ninguna parte. Quizá se decida por la canción moderna. Tiene estilo, tú sabes.

—Bueno, de todos modos no me gusta, como no me gusta ninguna clase de parásito.

—¿Y eso te preocupa?

—No particularmente, pero si yo estuviera en tu lugar y quisiera velar por la buena publicidad de tu estrella, me ocuparía de que ese tipejo estuviera lejos de ella por las noches. Cualquier revista de chismes podría desencadenar un buen escándalo si se lo propusiera...

—Ya he pensado en eso, no creas, pero Devorah es obstinada... Veré de convencerla, no obstante.

Me encogí de hombros. Antes de despedirme indagué:

—¿Qué sabes de un contrato que Nora Renton le escamoteó a Devorah?

Dejó escapar un gruñido.

—Fue una mala faena, por supuesto; pero Wallenberg la ayudó mucho. Creo que incluso está dispuesto a invertir capital en la película si la protagoniza la Renton.

—Ya veo...

—¿En qué demonios estás pensando?

—En nada determinado, sólo que para cualquier mal intencionado ése puede ser un buen motivo para que Devorah haya tratado de «perjudicar» a su rival.

—¡Espera un minuto! —estalló—. ¿Para quién infiernos estás trabajando?

—Para ti, naturalmente.

—Pues nadie lo diría. Pregona semejante idea y me hundes.

—Tómalo con calma. Es sólo eso: una idea.

Refunfuñó de mal talante, pero pareció conformarse con la explicación y me acompañó a la puerta. Nos despedimos, y tal como

le había anunciado me largué a mi apartamento. Media hora más tarde estaba acostado, aunque me costó mucho dormirme porque la turbadora imagen de Nora Renton seguía fija en mi mente, y, de vez en cuando, se mezclaba con ella la de Debby Lowell y la confusión de sugestivos encantos ahuyentaba el sueño inspirándome mil y una ideas que nada tenían que ver con la investigación de los atentados.

Pasé todo el día siguiente rastreando a algunos testigos presenciales de los dos primeros «accidentes». Les formulé infinidad de preguntas, obtuve un sinfín de respuestas y ninguna idea clara.

Lo sucedido podía interpretarse a gusto de cada uno, tomándolo por accidente, por atentado o por pura casualidad.

Pero un barquero había muerto y la motora estallado, convirtiéndose en humo, y eso era un hecho que daba mucho que pensar. Forzosamente, aunque sólo hubiera sido por rutina, la policía de Miami Beach debía haber efectuado alguna especie de encuesta.

Pensando en eso, redacté un largo telegrama para un detective privado de Miami con el que intercambiábamos trabajos, pidiéndole que hiciera algunas discretas averiguaciones. Tras esto, y cuando ya anochecía, di por terminado el trabajo y me encaminé a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Todavía podía divertirme un poco.

Mas nunca salen las cosas como uno las planea.

Encontré a alguien esperándome en el vestíbulo del edificio.

Era una muchacha de unos veinticinco años, esbelta, con una cara preciosa y un tipo que nada tema que envidiar a las luminarias del séptimo arte.

Poseía unos ojos muy negros, inteligentes y que le examinaban a uno con profunda intensidad.

—Usted es Nick Mains —dijo, cerrándome el paso.

—Eso creo. ¿Y quién es usted?

—Lena Carr.

Pareció como si eso lo aclarase todo. Pero a mí no me aclaraba nada.

—¿Y...?

—Trabajo como secretaria para Nora Renton —puntualizó.

—Ya vamos llegando a alguna parte. ¿La ha mandado ella a verme?

—No sabe nada de esta visita. En realidad, he tratado de comunicar con usted en su oficina, pero ha sido imposible. Finalmente, he decidido esperarle aquí.

—Bien, no podemos sostener una conferencia de negocios en medio del vestíbulo. ¿Quiere subir a mi apartamento?

—¿Por qué no?

Me acompañó y preparé unas bebidas, mientras trataba de adivinar el objeto de aquella visita.

En otras circunstancias, la compañía de la bella muchacha en mi leonera hubiera despertado agradables perspectivas, pero tal como estaban las cosas pensé que debía andar con pies de plomo, porque la dama estaba al servicio de la mujer que, a fin de cuentas, era la fuente de mis preocupaciones. O de las de Fenton, puesto que era su dinero quién pagaba mi trabajo.

Cuando me instalé a su lado, llevándole su vaso, observé que sus ojos no se apartaban de mí ni un instante.

—Bien, la escucho —dije—. Haga algo más que mirar y cuénteme qué la preocupa.

—Realmente, no se trata de mis preocupaciones, sino de las suyas.

—No me diga...

—Usted trabaja para Devorah Lowell, ¿no es cierto?

—Sólo marginalmente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quien paga mis cuentas es el productor de Devorah Lowell.

—Oh, entiendo..., pero para el caso es igual. Usted intenta neutralizar la amenaza que pende sobre Nora Renton, en beneficio de Devorah. ¿No es así?

—Exacto. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Nora habló conmigo anoche, después que Wallenberg se marchó. Además, escuché parte de la conversación que sostuvo usted con ellos, y presencié su pelea con Spier. No sabe cuánto le agradezco que lo vapuleara.

—¿Por qué?

—Es un sujeto indeseable, obsceno y peligroso.

—Ya veo. Ahora, acláreme el motivo real de su visita.

—Yo puedo darle a usted el trabajo hecho.

No pegué un respingo porque tardé algunos segundos en captar

el exacto significado de aquellas palabras.

—Más claro, linda.

—Puedo decirle los motivos de cada atentado, las razones por las cuales se han producido. ¿Entiende?

—Me parece magnífico. ¿Puede también facilitarme el nombre del que los ha efectuado?

—Sí.

Quedé sin habla porque nunca me habían dado las cosas tan fáciles.

—Está bien —dije— adelante.

—Por supuesto, no pretenderá que le revele todo esto graciosamente, sólo para que usted triunfe sin esfuerzo.

—Ya imaginaba que habría trampa en alguna parte...

—No hay trampa alguna, Mains...

—Llámeme, Nick, ¿quiere? —La interrumpí.

—Bueno, Nick. Sólo se trata de un negocio. Tanto si le ha contratado a usted la Lowell como el productor, hay dinero en grande en esto. Quiero una buena parte de ese dinero.

—Éste es un lenguaje que yo puedo entender perfectamente. ¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

Esta vez sí que pegué un salto.

—¿Qué cree que es esto, una mina de oro? —exclamé.

—No pienso regatear. Cincuenta mil o nada. Si pagan, aclararán el misterio en menos de una hora. De lo contrario, puede estar seguro que fracasará usted. Decida.

—¿Cree realmente que tengo cincuenta mil dólares a mano? No sea ingenua, Lena...

—Ya supongo que no dispone usted de semejante suma, y por lo demás son ellos quienes tienen que pagar, no usted.

—Hay algo muy raro en todo eso, preciosidad. Si realmente lo que dice es cierto, ¿por qué no intenta venderle la información a Wallenberg?

—Porque lo detesto. A todos ellos.

—No lo entiendo. Los sentimientos pueden controlarse cuando media una suma como ésa. ¿Pretende burlarse de mí?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Tomó el vaso y bebió un largo sorbo. Después pidió:

—Deme un cigarrillo.

Encendimos los dos. Esperé dominando mi impaciencia a que prosiguiera, pero al parecer ya lo había dicho todo.

—¿Por qué los detesta? —pregunté—. ¿Incluye también a Nora Renton en ese sentimiento?

—Ella es despótica, pero todas las estrellas lo son. No, solamente a Wallenberg y sus dos matones, especialmente Spier.

—Eso no aclara mi pregunta.

Suspiró ruidosamente.

—Está bien, se lo diré —accedió de mala gana—. Ellos son los culpables de que mi Jimmy haya quedado sin empleo.

—¿Jimmy?

—El chofer de Nora.

—Entiendo. ¿Su novio?

—Íbamos a casarnos dentro de un mes. Esos cuervos lo han estropeado todo. No quiero darles ninguna facilidad para obtener éxitos a mi costa, por eso he venido a usted.

—Okey, supongamos que realmente sabe usted la verdad de lo que está sucediendo. Y sigamos suponiendo que yo consigo que le paguen esa suma... ¿Aportará pruebas de cuánto diga?

—¿Qué clase de pruebas?

—Motivos, oportunidad de la persona acusada...

—Las pondré en sus manos tan pronto usted me entregue el dinero.

—Bueno, consultaré con Fenton.

Me levanté y llamé por teléfono al productor, pero fue imposible localizarlo. Contrariado, devolví el auricular a su soporte.

—Intentaré verlo esta noche —decidí—. ¿Dónde podré ponerme en contacto con usted?

—Le daré mi dirección y teléfono. Recuerde, cincuenta mil, y nadie deberá saber que me los han pagado. Éste es un trato secreto. ¿Está conforme?

—Por mi parte, sí.

Se levantó resueltamente. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y alisó la falda a lo largo de sus rotundas caderas. Me miró y sonrió:

—Puede usted sacarle más a Fenton si quiere. MI parte son cincuenta mil...

—Yo no trabajo en esa forma, muchacha.

Se encogió de hombros despectivamente.

—Era sólo una idea —dijo—. Ellos tienen mucho y nosotros nada. Es justo que les saquemos todo lo que sea posible.

—Trataré de «sacar» sus cincuenta mil solamente.

—Como quiera. Buenas noches, Mains.

Se rió, dirigiéndose a la puerta. Desde ella murmuró:

—Buenas noches, Nick...

—¿Y su dirección?

—¡Oh!

Volvió atrás, abrió el bolso y me entregó una tarjeta de visita. Tras esto se fue, dejando tras sí una estela de perfume que quedó flotando en el ambiente mucho tiempo después de haberse marchado.

No cabía duda que era una mujer decidida y que sabía lo que quería. Pero cincuenta mil dólares eran muchos dólares.

CAPÍTULO V

Después de muchas averiguaciones, localicé a Donald Fenton en el «Mocambo». Compartía la mesa con una llamativa aspirante al estrellato, una rubia platino con atributos suficientes para llenar la pantalla grande, y con una extraordinaria afición a mostrarlos todo lo posible. Fenton navegaba entre un mar de champán cuando tomé asiento a su mesa y encendí un cigarrillo, contemplándole con mirada crítica.

—¡Miren quién está aquí! —exclamó—. El gran Nick Mains... el granuja más listo de Hollywood...

—Cierra el pico, compañero —le atajé—. Tenemos algo importante que tratar, de modo que despide a tu sirena de turno y hablemos.

Ella se irguió, indignada.

—¿Quién se cree usted que es? —estalló—. Nadie me dice a mí lo que debo hacer. Donald me ha traído y...

—Y ahora te va a despedir, aunque sólo sea momentáneamente. Mira, lárgate a la barra y espera a que terminemos, ¿quieres?

Fenton gruñó por lo bajo. Después balbuceó:

—Haz lo que te dice, Olga... Mains es un bastardo con muy malos modos si se enfada.

—¡Pero, Donald, querido, ésta es nuestra noche...!

—Hay otras noches —corté—. Ahora, largo, preciosa.

Donald asintió con un gesto. La rubia platino aspiró hondo para dominar sus impulsos. Su busto se elevó sometiendo al pobre vestido a un esfuerzo tenso y desesperado. Luego, giró sobre los talones y se fue, muy digna.

Fenton comenzó a reír muy bajo.

—¿Sabes que eres un bastardo, Nick? —barbotó—. Vienes aquí, estropeas mi cita y...

—¿Puedes disponer de cincuenta mil dólares en efectivo, esta

noche?

—¡Qué!

Parte de la borrachera se le esfumó. Era muy sensible cuando se trataba de dinero.

—Cincuenta mil —repetí—. Esta noche.

—Tú estás loco. Aunque pudiera disponer de ellos no los soltaría. ¿Qué clase de atraco es éste?

Le conté mi conversación con Lena Carr y la proposición de ésta. El asunto no le gustó en absoluto.

—¿Crees que voy a pagar cincuenta mil «pavos» sólo porque una histérica cualquiera venga con un cuento estúpido como ése? Ni lo sueñes, Nick...

—No pagarás un centavo si la cosa no lo vale.

—No.

—Bueno, después de todo es tu caso, pero estás echando por la ventana la oportunidad de obtener una publicidad fabulosa para Devorah...

Se irguió un poco. Sus ojillos inyectados de sangre parpadearon.

—¿De qué estás hablando? La publicidad...

—Ya sé, ya sé; pero si realmente hay alguien interesado en acabar con Nora Renton y cargarle el mochuelo a Devorah, imagina los titulares de los periódicos al desenmascarar a ese tipo. O a esa mujer, que todavía no sabemos de qué sexo es el presunto criminal. ¿No te das cuenta?

Lo pensó detenidamente, cosa que le costó un esfuerzo tremendo.

—*Okey* —accedió al fin—. Pero no pagarás un centavo hasta asegurarte de que la información lo vale. ¿Entendido?

Asentí. Luego pregunté:

—¿Podrás tener el dinero esta misma noche?

—Tengo que ir a casa... a menos que esa ambiciosa dama se conforme con un cheque.

—Quiere dinero contante, Donald.

—Entonces, iremos a casa tú y yo... guardo una buena cantidad en mi caja fuerte para emergencias. Creo que habrá suficiente.

—La rubia me va a maldecir los huesos —comenté, levantándome.

—Oh, esa... esperará mi vuelta sin ninguna, duda.

No se molestó en despedirse de la muchacha, que en el mostrador ahogaba sus penas en un gran vaso ambarino.

Tomamos mi coche y en pocos minutos estuvimos en su lujoso domicilio. Entró con pasos muy poco seguros, refunfuñando:

—Naturalmente, cargaré ese dinero en los gastos de «atenciones públicas»... lástima que no pueda deducirlos de mi declaración de impuestos.

Abrió una impresionante caja fuerte empotrada en el muro y sacó un no menos impresionante fajo de billetes. Fue a sentarse medio derrumbado en un diván y empezó a contar.

La operación fue laboriosa debido a su estado, pero al fin suspiró ruidosamente. Dejó parte del fajo a un lado, volvió a la caja y guardó el resto del dinero. Después, la cerró y, volviéndose, gruñó:

—Sigo creyendo que es un pésimo negocio, Nick.

—Veremos.

Me embolsé el puñado de billetes. Los ojos tristes y preocupados de Fenton los siguieron con evidente nostalgia, pensando que no volvería a verlos.

—Llévame de vuelta al «Mocambo» —gruñó—. Por lo menos, ahogaré mis penas llorando sobre el hombro de mi rubia.

—Hay otros lugares peores donde llorar —dije, saliendo—. ¿Vas a llevarla al estrellato?

—Eso es lo que ella cree por lo menos. Pero no sirve. Mujeres con un cuerpo como el suyo las hay a montones, pero no tienen nada en la cabeza.

Siguió contándome lo duro que resultaba rechazar a tantas aspirantes a estrella. No debía serlo tanto cuando para rechazarlas había que hacerlo en un club de lujo y entre un mar de champán, pero le dejé que vertiera sus penas en mis oídos hasta que nos separamos. Incluso entonces recomendó:

—Ten cuidado, Nick..., no sueltes la «pasta» sin asegurarte de que la cosa lo vale.

—¿Crees que nací ayer?

Esperé a verlo entrar en el «Mocambo» por si se caía en la acera, pero navegó bastante bien hasta la puerta y desapareció. Empecé la marcha hacia el domicilio de la hermosa secretaria, tras consultar su tarjeta.

Vivía en un distrito de nueva construcción, en las colinas. Fue

un largo trayecto.

Cuando estacioné el «Dodge» al otro lado de la calle, frente a un pequeño *bungalow* rodeado de césped, otro coche apareció a poca velocidad. Era un gran «Cadillac» negro, convertible, que fue a detenerse un poco más abajo, apagó las luces y nadie se apeó de él.

Comencé a preocuparme y aguardé. Llevaba cincuenta mil dólares en el bolsillo que no me pertenecían, y si surgían dificultades ese dinero podría traerme incontables dolores de cabeza. Saqué los billetes, levanté un poco el asiento del coche y los deslicé debajo. Hecho esto, salté a la acera y anduve calle abajo hacia donde estaba el «Cadillac».

Tras el volante relucía la brasa de un cigarrillo, pero al acercarme distinguí las siluetas de dos hombres en el asiento delantero. Me detuve, inclinándome sobre la ventanilla.

La mirada asesina de Michel Spier me miró sobresaltada. Tras el volante, Ozzie casi se tragó el cigarrillo.

—Bueno, bueno —dije—. ¿Tomando el fresco, compañeros?

—Largo de aquí, desgraciado —barbotó Ozzie, arrojando el pitillo—. Empezamos a cansarnos de ver su cara.

—Sí, puedo imaginarlo. ¿Qué están haciendo por esta vecindad?

—Matar el tiempo. ¿Vive usted por aquí, fisgón? —se interesó Spier, cuyo rostro conservaba las huellas del duro trato recibido.

—Poco más o menos... —señalé la casa de Lena Carr—. Vivo allí.

Spier gruñó:

—Qué cosas... Apuesto que alguien se va a quedar sin empleo.

—¿Sí?

—Tiene usted éxito con las mujeres, ¿eh, Mains?

—No puedo quejarme.

—Muy bien, sabemos quién vive en ese *bungalow*, fisgón, así que tome su cacharro y lárguese. Esa chica está medio loca, ¿sabe? No nos gustaría que le llenara la cabeza de ideas raras...

—De modo que es eso —comentó—. Todo lo que tienen que hacer es evitar que yo hable con la dama.

—Justamente.

—Por orden de Wallenberg, naturalmente...

—El patrón está muy molesto con usted —rezongó el gorila sentado tras el volante—. Y mi compañero también... le duele la

nariz.

Soltó una ronca carcajada. Spier le dedicó un brutal insulto y luego se volvió hacia mí:

—Esta vez todo será diferente si se pone bruto, Mains. Ya nos hemos cansado de usted. Créame, márchese a dormir y deje las cosas como están.

Su mano estaba muy cerca de la solapa de la americana. Sonreí en la oscuridad porque seguían portándose como pistoleros de la vieja escuela.

—Está bien —dije con calma—. Parece que esta vez tienen todos los triunfos de su parte...

Spier enseñó los dientes en una mueca de triunfo. Ozzie empezó a reírse por lo bajo.

Entonces saqué el revólver y lo coloqué bajo la nariz de Spier.

—Sólo que no les servirán de nada —advertí secamente—. Tienen cinco segundos para poner en marcha este acorazado y largarse de aquí. Tras esto comenzaremos a hacer ruido. ¡Uno!

Ozzie barbotó un juramento. Spier miró con ojos que bizqueaban el cañón de mí «38» que rozaba su nariz. Poco a poco, su mano se apartó de la solapa.

—¡Dos! —conté.

—No se atreverá a disparar en medio de la calle —aventuró Ozzie esperanzado—. Todo el vecindario le caería encima...

—Puedes hacer la prueba tan pronto termine de contar... ¡Tres!

Spier decidió:

—Vámonos, Ozzie. El patrón no nos ha dicho que debemos ajustarle las cuentas a ese bastardo todavía.

—¡Pero, Michel...!

—¡Vámonos he dicho!

Ozzie giró la llave del encendido y el motor zumbó silenciosamente. Me aparté del auto sin bajar el revólver y esperé a que se alejase antes de atravesar la calle y penetrar en el jardín del *bungalow* que buscaba. Estaba seguro que a no tardar aquellos dos tipos y yo libraríamos una batalla definitiva sólo para decidir quién debía continuar llevando la voz cantante en el asunto...

Llamé y nadie acudió a abrir. Probé la puerta, pero estaba cerrada con llave. Debía haberlo intentado por teléfono primero, para asegurarme de que ella estuviera esperándome, pero en ese

caso la presencia de los dos matones quizá hubiera estropeado el asunto, porque sin la menor duda la habrían atemorizado.

Encendí un cigarrillo. Volvería al coche y aguardaría. Era lo único que podía hacer.

Pero antes di una vuelta por el reducido jardín, muy bien cuidado y limpio. Todo estaba silencioso y la noche era bastante clara. Una tranquilidad absoluta digna de un barrio anunciado como residencial.

Fue gracias a esa tranquilidad que escuché el débil sonido dentro de la casa. Quedé rígido, escuchando porque había sonado como un leve desplazamiento de un mueble ligero, como si alguien se moviera en la oscuridad.

Me acerqué a la pared y me deslicé hasta la primera ventana. Las cortinas oscilaban dentro porque la cristalera estaba subida. Fue una especie de impulso lo que me decidió. Volví a sacar el revólver, pasé una pierna por el alféizar y me deslicé dentro. Aparté la cortina, di un paso y no llegué a dar el segundo.

Algo tremendamente duro cayó sobre mi cráneo y un millón de fuegos fatuos bailaron ante mis ojos. Un segundo golpe acabó de derribarme y todavía advertí el golpe de mi frente contra una rugosa alfombra.

Después, todo aliento de vida se evaporó y ya no sentí nada.

CAPÍTULO VI

Lo primero que advertí al abrir los ojos, fue que la luz estaba encendida. Dolió en el fondo de mis pupilas y las cerré con un gemido.

La cabeza me zumbaba como una dinamo, y latigazos de dolor se disparaban a intervalos como si estuvieran barrenándome el cerebro. Sentí náuseas y dejé que mi mejilla siguiera apoyada en algo áspero y rugoso.

Resultó que era una rústica alfombra. Recordé de repente lo que había sucedido y de manera instintiva cerré los puños. En mi mano derecha noté el duro contacto del revólver.

Lo examiné. Seguía cargado. Ni siquiera se habían molestado en quitármelo.

Poco después estaba de pie, aunque las piernas dudaban entre sostenerme o dejarme caer de nuevo al suelo. El dolor dentro de mi cabeza continuaba agudizándose y no me atreví a comprobar el tamaño de los chichones que seguramente debían adornarla.

No me explicaba que hubieran dejado la luz encendida. Seguro que lo habían hecho para comprobar mi identidad, largándose después. Eso resultaba muy extraño..., ¿un robo tal vez?

Comencé a moverme pesadamente para reconocer el resto de la casa. Estaba bien amueblada y había infinidad de detalles que delataban una mano femenina en su adorno y cuidado. Lena Carr debía ser una mujercita de su casa, como anticipo para cuando se casara con su Jimmy...

Sólo que ya no podría casarse con nadie porque estaba muerta.

La encontré en el baño, casi desnuda y con un cordón anudado alrededor de su cuello. El rostro no era agradable de mirar, y el asesino la había dejado hecha un ovillo junto a la bañera. Seguramente la había sorprendido cuando se disponía a acostarse.

Estuve allí, contemplándola inmóvil, durante unos minutos,

hasta que mis manos dejaron de temblar. Entonces guardé mi inútil «38» y me incliné junto al cuerpo.

No cabía duda de que estaba muerta. La pobre Lena ya no podría embolsarse los cincuenta mil dólares, que habrían resuelto todos los problemas de su boda...

Fue al pensar en eso que decidí entrevistarme con Jimmy antes que la policía metiera las narices en el caso, de modo que inicié un rápido registro de la vivienda y no tardé en hallar una fotografía dedicada del muchacho, pero no pude averiguar su dirección.

Apagué las luces y abandoné la casa, guardándome el pañuelo con que me había protegido la mano. Minutos después entraba en una farmacia para llamar por teléfono a la residencia de Nora Renton.

Fue una sirvienta quien respondió a juzgar por su manera de expresarse. Eso facilitaba las cosas.

—Quisiera hablar con Jimmy —dije resueltamente—. ¿El chófer?

—Sí.

—Lo siento, ya no trabaja aquí...

—¿Cómo?

—Se marchó, señor.

—Pero es muy importante que pueda encontrarlo. Teníamos un negocio en proyecto y... ¿Sabe usted dónde vive por lo menos?

Hubo un corto titubeo. Esperé y la mujer dijo al fin:

—Tiene un apartamento en el 381 de Sycamore Road. —Muy amable...

Colgué, yendo en busca del coche.

Era un hombre que no había llegado a los treinta años ni mucho menos, pero se desprendía una sensación de equilibrio en toda su actitud que sorprendía. Tenía unos ojos claros y vivos que me examinaron con evidente sospecha.

—Sí —dijo— fui el chófer de Norma Renton, ¿y qué con eso?

—Usted iba a casarse, con Lena Carr, ¿no es cierto?

—Y me casaré con ella tan pronto encuentre otro trabajo seguro, pero no le importa a nadie más que a nosotros. ¿Qué es lo que usted busca?

Le empujé suavemente y me colé al interior del apartamento. Era diminuto y desordenado, con revistas por todas partes,

ceniceros con colillas y escasos muebles.

—¡Eh, oiga...!

Su protesta se extinguió cuando le mostré mi credencial. La examinó con cuidado hasta asegurarse de que era detective privado y no oficial.

—¿Ha llegado usted hace poco tiempo? —pregunté, señalando su atuendo completo.

—Apenas hace diez minutos. ¿Qué es lo que pasa? Si intenta sonsacarme sobre Nora Renton pierde el tiempo. Ya sé cómo trabajan ustedes.

—Lena Carr ha muerto.

—Bueno... ¿Qué?

Perdió el color. De repente, sus manos se dispararon y me sujetó por las solapas, zarandeándome con violencia.

—¿Qué ha dicho usted, maldito sea, qué ha dicho? —barbotó.

—Se Jo repetiré cuando me suelte...

Le desprendí las manos de mis solapas. Sus ojos desorbitados no se apartaban de mí. Entonces remaché:

—La han estrangulado esta noche, Jimmy.

—¡No es posible...!

—Acabo de ver el cadáver. La policía todavía no lo sabe. ¿Cree que podemos hablar ahora usted y yo?

—¡Muerta! Dios santo... Lena no...

Cayó sentado en una silla como si las piernas se le hubieran roto. Se cubrió la cara con las manos y permaneció así unos instantes. Aproveché para encender un cigarrillo y tuve tiempo de fumar la mitad antes de que reaccionase.

—Cuénteme —pidió—. ¿Quién ha...?

—¿Quién la ha asesinado? Lo siento, pero eso no lo sé. Sea quien sea, me ha tumbado a mí en la oscuridad.

Y le conté la historia completa, viéndolo desmoronarse por momentos. Cuando terminé dijo con voz apenas audible:

—Era una buena chica..., nadie podía odiarla hasta ese extremo... Pero no comprendo qué pensaba darle a cambio de tanto dinero... ¿De veras iba a pagarle esta noche?

—Seguro —le mostré el gran fajo de billetes y asintió con un gesto. Añadí—: Posiblemente, ella deseaba ese dinero para solucionar su situación y casarse. Además, pienso que lo que fuera

que deseaba venderme, perjudicaba a Wallenberg y sus matones, a los que Lena parecía odiar.

—Esos puercos... Si supiera que cualquiera de ellos lo ha hecho no llegaría vivo a manos de la policía... Lo teníamos todo planeado, ¿entiende? Todo estaba resuelto, y entonces me echaron para colocar a ese gorila en mi lugar. Y el otro no hacía más que perseguir a Lena por toda la casa...

—¿Se refiere a Spier?

—Sí, así se llama...

—Ya veo. Supongo que usted no tendrá idea de la naturaleza de los informes que ella iba a darme...

—No, nunca me dijo nada importante sobre esos atentados. Los comentamos alguna que otra vez, pero no parecía saber nada de particular.

Se interrumpió, como si le hubiera asaltado una idea nueva. Pareció calcular aquello, fuese lo que fuera que se le acababa de ocurrir.

Luego murmuró:

—Como no fuera algo relacionado con ese viaje.

—¿Qué viaje?

—El que hizo Lena hace algunos días. Estuvo ausente durante el fin de semana y no regresó hasta el martes. Desde entonces no la había visto todavía.

—Eso pudiera ser importante —dije, pensativo—. ¿A dónde fue?

—No lo sé.

—¿Cómo es eso?

—¡No lo sé! —repitió, nervioso—. Supe que estaba fuera porque encontré una nota suya cuando regresé a casa el viernes. Y ya no he vuelto a verla..., es terrible, pobrecilla...

—¿Guarda esa nota, Jim?

—No...

—¿Está seguro que no especificaba en ella ni el lugar de destino ni los motivos del viaje?

—Seguro...

—¿Viajó por cuenta de Nora Renton?

—Tampoco lo sé. Oiga, todo esto es una pesadilla pero quiero cazar al hijo de perra que la ha matado. Haré todo lo que pueda... si es que puedo hacer algo.

—Eso es mejor que se lo diga a la policía, amigo. Mi trabajo no es buscar al asesino de Lena, aunque me gustaría mucho echarle la vista encima. Dígame, ¿disputó con Nora Renton cuando le despidió?

—No fue ella, le faltó valor para hacerlo, supongo Wallenberg se encargó de echarme.

—¿Disputó con él?

—Bueno, le dije unas cuantas verdades. Fue el único consuelo que me quedó.

—Ya veo. ¿Qué idea se ha formado usted de los atentados que se han sucedido contra Nora Renton? Usted estaba a su servicio durante los dos primeros. ¿Qué pensó?

Levantó la cara y estuvo unos segundos pensativo, mirándome igual que si no me viera. Después sacudió la cabeza, dudando.

—Trataron de matarla, por supuesto —dijo—. Los atentados fueron reales. Estaba terriblemente asustada y durante las noches apenas podía dormir. Recuerdo que me dijo que iba a volverse loca y que deseaba que interviniera la policía. Sólo que los del estudio lo impidieron.

—Entiendo. ¿Se portaba bien con usted?

—No tengo motivo de queja, exceptuando el despido, claro. Pero eso fue cosa del pavo hinchado de Wallenberg, no de Nora Renton.

—¿Quién cree usted que pueda saber algo del viaje de Lena?

—Tal vez Nora Renton... no sé... ¿Qué podemos hacer?

—Nada, exceptuando avisar a la policía, y de eso me encargaré yo, simulando que acabo de descubrir el cadáver en el momento del aviso. Y cuando le interroguen a usted no les hable de mi visita o lo echará todo a perder, ¿entendido?

—Seguro.

Estaba desconcertado, y el mismo dolor que la noticia le había producido contribuía a que sus ideas no estuvieran muy claras.

Por último, le pregunté:

—¿Tenía coche su novia, Jim?

—¿Qué? Sí, un «Buick» nuevo. ¿Por qué?

—¿Cuándo lo compró?

—Estaba pagándolo todavía. Creo que hace unos seis o siete meses.

—Si hubiera hecho el viaje en coche... ¿Dónde lo guarda?

—En un garaje que hay a poca distancia de su *bungalow*. Hablábamos de construir un cobertizo en la parte trasera del jardín cuando nos hubiéramos casado, para ahorrar lo del garaje...

—Está bien, tómelo con calma, muchacho. Estoy convencido de que el criminal pagará su crimen esta vez. Volveré a hablar con usted si descubro algo que pueda ser interesante. Y recuerde: nada de hablarles a los polizontes de mi visita. Simule que no sabe nada, ¿comprendido?

—Lo intentaré.

Estreché su mano y lo dejé sumido en su dolor. No me iba muy tranquilo sobre la discreción que pudiera mostrar con la policía, pero no tenía otra alternativa que correr el riesgo de que me metiera en un lío.

CAPÍTULO VII

El encargado del garaje era un hombrecillo en edad de retiro, vivaracho y al que no parecía importar lo tardío de la hora. Por lo demás, el garaje era pequeño y cuando entré sólo había diez o doce coches.

Salió a mi encuentro lanzando nubes de humo de un apestoso cigarro.

—¿En qué puedo servirle, amigo? —preguntó, examinándose.

—Deseo hacerle unas preguntas...

—¿Sí?

—Respecto a uno de los coches que guarda aquí.

—No me gusta eso. ¿Es algo de seguros?

—Tranquilícese. No sé nada de ningún accidente, pero tengo cinco dólares para usted, abuelo. ¿Qué me dice?

—¿De qué coche se trata?

—Del «Buick» de una muchacha llamada Lena Carr.

—¿Y qué hay con ese coche?

—¿Puedo verlo?

—No creo que eso sea nada irregular... Mírelo, es aquel azul.

Me acerqué al auto. Era del más reciente modelo y estaba limpio y brillante. Mientras lo examinaba dije:

—Tengo entendido que este fin de semana hizo un viaje, de modo que regresaría sucio de polvo. ¿No es cierto?

—Seguro. Polvo y barro. Debíó meterse por un barrizal tremendo, porque la mitad baja de la carrocería parecía un mapa en relieve.

Reflexioné sobre esto.

—Que yo sepa, no ha llovido en absoluto este último fin de semana —comenté, pensativo.

—Bueno, debe haber llovido sólo por el lugar que recorrió.

—¿Guarda el coche aquí desde que lo compró?

—Efectivamente. ¿Por qué?

—Me interesa mucho averiguar el destino del viaje de esa chica. Eso es todo lo que quiero.

—Pues pregúnteselo a ella, amigo. Yo no sé una palabra.

—Eso va a resultar difícil... Oiga, ¿se ha fijado alguna vez en el cuentamillas del coche, abuelo?

—Seguro...

Respiré, aliviado. De ahí podía salir la pista que necesitaba.

—Veamos —dije—. ¿Cuántas millas señalaba la última vez que lo miró?

—Dos mil cien justas —respondió sin vacilar.

—¿Cuándo?

—Antes que emprendiera el viaje. Lo examiné para controlar el cambio de aceite. Ella deja todas esas operaciones a mi cuidado.

Abrí la portezuela y me introduje en el asiento. La luz automática me reveló que había recorrido 310 millas...

—Ahora señala dos mil cuatrocientas diez —comenté—. ¿Lo sabía?

—Sí, claro...

—¿Ha utilizado el coche desde que regresó del viaje?

—No, señor. Lo dejó para que se lo limpiara y le cambiase el aceite.

—De modo que podemos suponer que hizo un viaje de ciento cincuenta millas aproximadamente... y otras tantas de regreso suman las de esa diferencia, Creo que eso es todo lo que necesitaba, abuelo.

Le entregué los cinco dólares y abandoné el garaje. Al pasar ante el *bungalow* del crimen comprobé que todo estaba oscuro y silencioso.

Me detuve en una cabina pública y llamé a la policía, dando cuenta del asesinato y la dirección. Colgué cuando del otro lado comenzaban a llover las preguntas inquisitivas.

Mi siguiente parada fue en la redacción del *Times*. Tenía algunas amistades entre los reporteros, y capturé a uno de ellos cuando se disponía a salir apresuradamente.

—Sólo te detendré unos instantes, Marvin —le atajé—. Necesito averiguar en qué lugares, dentro de un área de ciento cincuenta millas alrededor de Los Ángeles, llovió este pasado fin de semana.

—¿Has perdido la chaveta? —Gruñó—. ¿Para qué quieres los partes meteorológicos?

—Temo que no lo entendieras... ¿Puedes conseguirme esa información?

—Por supuesto...

Descolgó uno de los teléfonos que había sobre su mesa y habló con acento gruñón. Poco después, un muchacho apareció con una serie de hojas rellenas de datos.

Marvin las examinó. Enarcó las cejas y afirmó:

—No llovió en absoluto, Nick. Por lo menos, no dentro de esa área que has indicado.

—¿Y durante los días anteriores?

—En toda la semana.

—No es posible, Marvin. Un coche regresó de un viaje de ciento cincuenta millas cubierto de barro.

Volvió a estudiar las notas y los gráficos y de repente exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¿Has dicho ciento cincuenta millas?

—Pudieron ser algunas más o algunas menos...

—Según nuestros datos atmosféricos, llovió mucho al sur de la frontera. Estuvo lloviendo todo el jueves y parte del viernes...

—¿En México?

—Eso es.

—Bueno, eso quizá lo aclare...

—Hay aproximadamente ciento cincuenta y cinco millas hasta Agua Caliente, y algunas menos hasta Tijuana... ¿Te sirve eso?

—Creo que sí, aunque maldito si comprendo qué buscaba la chica en México...

—¿Qué chica?

—Olvidalo. Quizá lo leas en los periódicos.

—Nunca los leo —refunfuñó entre dientes.

No pude menos que reírme. Y antes deirme dije:

—Para que veas que soy un tipo agradecido, Marvin, puedes escribir algo sobre un asesinato si te das prisa. No creo que la competencia sepa una palabra todavía.

Pegó un salto, apartándose de la mesa.

—¡Maldita sea! —estalló—. ¡Y no lo dices hasta ahora! ¿A quién se han cargado?

—A una muchacha. Su nombre era Lena Carr.

Le di la dirección, pero le recomendé:

—No me metas en esto, ¿entendido?

—Perfectamente. Ya te veré cualquier día.

Salió disparado. Pensativo, le seguí, pero cuando yo llegué a la calle del reportero ya no había ni rastro.

De manera que Lena había estado en México durante el fin de semana. Y que no había sido un viaje de placer lo demostraba el hecho de que lo hiciera sin informar a su novio, casi manteniéndolo en secreto...

¿Qué buscaba la joven más allá de la frontera?

A pesar de que no podía saber si ese viaje estaba relacionado con lo que ella se propusiera venderme, estuve dispuesto a creer que realmente sí existía un nexo de unión entre una cosa y otra.

Estuve tentado de volver en busca de Fenton para acabar de amargarle la noche, pero decidí que era mejor esperar hasta el día siguiente, de manera que me encaminé a mi leonera y me acosté con una tremenda confusión en mi mente.

Antes de quedar dormido tomé la firme determinación de entrevistarme con Nora Renton cuanto antes, pero sin la presencia de sus guardianes, y, por supuesto, sin que Wallenberg asistiese tampoco a la entrevista.

Me despertó el timbre del teléfono, y cuando abrí los ojos comprobé que el reloj señalaba las ocho y cuarto. Maldije entre dientes, descolgué el auricular y la voz de Donald Fenton vibró cargada de ansiedad.

—¡No me digas que estabas durmiendo! —aulló—. ¿Qué hay de mis cincuenta mil?

—Están a tu disposición —refunfuñé—. ¿Es que no has dormido pensando en ellos?

—No he dormido, pero no a causa del dinero. ¿Qué sucedió?

—Se cargaron a la chica, ni más ni menos.

—¿Qué?

—La mataron. Cuando llegué estaba muerta. Y el asesino me tumbó a mí también. Sospecho que anoche no estaba en forma...

—Ven a verme. Quiero saberlo todo, Nick. Esto empieza a escapar a nuestro control. ¡Un asesinato!

—No veo que una entrevista ahora nos ayude en nada —dije, saltando de la cama—. Te devolveré tu dinero en cualquier otro

momento. Ahora tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Quiero ver a Nora Renton a solas...

—Eso es algo que les gustaría a millares de tipos mejores que tú...

—¡Con un demonio! No estoy de humor para tus chistes matinales. ¿Sabes si trabaja en los estudios actualmente?

—No lo creo.

—¿Puedes enterarte?

—Seguro, pero ¿para qué tantas complicaciones?

—Porque no sacaré nada de ella si está Wallenberg presente cuando la vea. Ni me gustan tampoco sus guardaespaldas.

—Ya veo..., pero como no organices un rapto no veo cómo podrás librarte de ellos.

—Es una idea, muchacho.

—¡Eh, espera!

—Mira, Donald, puedes ayudarme mucho si haces algo por mí. Primero, averigua si la Renton tiene que ir a los estudios o algo así, y a qué hora. Luego, trata de saber dónde estuvo anoche Deborah. Sólo para asegurarnos de que no será molestada en absoluto si el caso se complica.

—Oye, no pretenderás mezclarlo con...

—Sólo quiero tener la certeza de que no me provocará conflictos cuando menos lo espere.

—Okey, volveré a llamarte dentro de unos minutos.

Colgué y me fui a la ducha. Tuve tiempo de vestirme y desayunar antes de que el teléfono volviera a dar señales de vida.

Entonces, Fenton me informó:

—A las diez y media tiene una reunión con los productores de su próxima película.

—¿Dónde?

—En las oficinas del estudio.

—Asistirá también Wallenberg, claro...

—Eso no lo sé.

—Bien, veré cómo me las arreglo. ¿Qué tal la rubia de anoche?

—Sigue siendo la rubia de esta mañana..., eso es lo malo.

Colgué dejándole con sus problemas y abandoné el apartamento preguntándome cómo demonios podría sorprender a Nora Renton a

solas.

Mi primera visita fue para Jimmy, al que encontré en un estado lamentable. Había bebido y seguramente la noche la había pasado sin pegar un ojo. El dolor por la pérdida de Lena estaba desmoronándole a pasos de gigante.

—Estuvo aquí la policía —gruñó—. Muchas preguntas, pero no saben por dónde navegan...

—Espere y verá. No son tontos, en absoluto. ¿Guardó silencio sobre mi visita?

—Sí.

—Muy bien, va a colaborar en una empresa arriesgada, Jim. Tal vez consigamos algo positivo.

—¿Para atrapar al criminal? —Sus ojos relucieron como los de un demente.

—Tal vez. Pero nos jugaremos la cara. Vamos a dar un susto a Wallenberg y sus matones.

—Cuente conmigo.

—Tiene el tiempo justo de afeitarse. Parece usted un vagabundo. Luego nos marcharemos.

La oportunidad de acción pareció despejarlo de golpe. Señaló una mesita en la que había unas botellas y vasos y exclamó:

—¡Estaré en unos minutos! Beba algo si quiere entre tanto.

—Es muy temprano todavía. Todo lo que necesito es el teléfono.

Mientras él se metía en el cuarto de baño, comencé a efectuar una llamada tras otra hasta localizar a Marvin, del *Times*. No lo pude conseguir hasta la quinta tentativa. Entonces, su voz seca gruñó:

—¿Qué pasa?

—Aquí Mains, muchacho. ¿Te sirvió mi confidencia?

—¡Ya lo creo! El *Times* es el único periódico que ha publicado la noticia. Todos los demás no han podido incluirla en sus ediciones de la mañana... ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Mira, quiero saber algo sobre Jay Wallenberg, sus relaciones con los sindicatos, organización y todo lo demás. No me importa su estado financiero, ¿entiendes?

—Eso es fácil. ¿Qué más?

—De momento, eso es lo urgente. Luego, trata de averiguar si tiene algún punto flaco, un talón de Aquiles por donde atacarle...

—Está bien, pero imagino que ya sabes que juegas con dinamita, ¿eh?

—Me gusta la pirotecnia.

—Cuelga y te llamaré. ¿Estás en tu cuchitril?

—No, pero toma nota de este número...

Se lo dicté y colgué. Tuve tiempo de fumar un cigarrillo antes de que Jimmy apareciera, anudándose la corbata.

—¿Cuál es el plan? —indagó, excitado.

—Dentro de poco, Nora Renton saldrá de su residencia para acudir a la oficina de estudios para una reunión. Vamos a interceptarla.

Arrugó el ceño, perplejo.

—No lo comprendo muy bien, Mains...

—No iré sola, eso es seguro. Ozzie conducirá el coche, y posiblemente Wallenberg la acompañe. Y quizá también Spier, no lo sé. Detendremos el coche y el resto del trayecto lo hará con nosotros. ¿Está claro?

—Ahora creo que le entiendo demasiado. Eso puede ser considerado como un rapto.

—Ni más ni menos.

Perdió el color, pero asintió con un gesto.

—Conforme —dijo—. Pero si hay que machacar a alguien, déjemelo a mí. ¿De acuerdo?

Sonreí para animarlo.

—No es tan grave como parece. Todo lo que haremos, legalmente hablando, será obligarla a que cambie de coche. Nosotros la llevaremos a los estudios sin pérdida de tiempo. Y si se ponen brutos no les quedarán ganas de llamar al FBI para acusarnos de secuestro. ¿Está listo?

—Adelante.

—Espere...

El teléfono vibró en aquel momento. Era Marvin, con su eficiencia de costumbre.

—Los sindicatos odian hasta el nombre de Wallenberg —informó secamente—. Darían parte de su poderío para poder sacudirle las costillas. Sólo que él es demasiado listo para darles esa oportunidad. Supongo que ya sabes lo que sucedió hace unos años, con una huelga...

—Lo sé.

—Muy bien, la Unión no lo ha olvidado.

—¿Y en cuanto a su punto flaco?

—No tiene ninguno, Nick, o por lo menos no lo he podido averiguar con tan poco tiempo.

—Está bien, sigue intentándolo. Oye, ¿serías capaz de publicar un artículo contra Wallenberg?

—Yo soy capaz de publicar cualquier cosa sensacional, siempre que pueda demostrarla para eludir la ley de libelo.

—*Okey*, volveré a llamarte, Marvin. Gracias por todo.

Colgué, ahogando sus protestas. Diez minutos después corríamos en mi coche hacia la residencia de Nora Renton, en cuyas inmediaciones nos estacionamos.

La verja estaba cerrada. Faltaban quince minutos para las diez, de modo que ya no podía tardar en salir.

Entretanto, dije:

—Usted conoce bien el trayecto que suele recorrer para ir a los estudios. ¿Hay algún lugar desierto, de poco tráfico, en el cual interceptar el coche sin excesivo riesgo?

—Ninguno. El mejor es éste, tan pronto salgan. Aquí nunca pasa nadie. Sólo con que esperemos a que se cierre la reja automática para que no puedan retroceder será suficiente.

—Muy bien, tome el volante y haga todo lo que yo le indique de ahora en adelante.

Cambiamos de sitio. Tras unos instantes, él indagó:

—¿Va usted armado, Mains?

—Naturalmente.

—Eso me tranquiliza, porque esos cerdos llevan pistolas. Los dos... Lena me lo dijo en una ocasión.

—Ya lo sé. Todo es cuestión de no dejarles tiempo de empuñarlas.

Me miró, dubitativo, pero mantuvo la boca cerrada. Consulté el reloj. El tiempo transcurría lento y enervante, porque semejante espera podía ser la antesala de una celda. No obstante, los métodos directos suelen dar siempre buen resultado, si uno sabe cómo enfrentarlos.

—Tan pronto salga el coche —advertí a mi compañero—, maniobre usted de manera que les cierre el paso. Lo demás correrá

de mi cuenta. ¿Cree que lo podrá hacer antes que ellos salgan de la plazoleta de entrada?

—Seguro.

—Entonces, yo aguardaré a un lado de la verja. Para cuando me descubran los tendré cubiertos. Buena suerte, Jim.

—Recuerde, Mains... Spier para mí si hay jaleo.

—Con mucho gusto —reí, apeándome.

Apenas había tenido tiempo de apostarme cuando el «Cadillac» de la estrella apareció al otro lado de la verja.

CAPÍTULO VIII

Jimmy realizó una maniobra perfecta. Apenas acababan de cerrarse las puertas de la verja cuando *lanzó* mi coche como si fuera a estrellarlo contra el «Cadillac», sólo que en el último segundo giró el volante y lo colocó ante el gran morro del lujoso vehículo de Nora Renton.

Para entonces, yo ya tenía el revólver en la mano y corría hacia el lugar del encuentro.

Dentro del «Cadillac» viajaban Wallenberg y Nora en el asiento posterior. Ozzie manejaba el volante y Spier estaba sentado al lado de su compinche.

Los dos abrieron las portezuelas de golpe al ver lo que se les venía encima. Ozzie consiguió sacar su revólver antes que Spier, pero le descargué un culatazo que lo abatió igual que una res apuntillada. Luego encañoné a Spier, que se quedó rígido, y advertí:

—Esta vez la cosa va en serio, Wallenberg. Salga del coche.

Barbotando maldiciones, el millonario descendió. Spier comenzó a levantar los brazos muy despacio. Le golpeé la cabeza con el cañón de mí «38», sólo para darle prisa.

—Intenta cualquier cosa, Spier —le advertí—, y te dejaré cojo para el resto de tus días... Usted, Wallenberg, Colóquese junto a la verja. Y mucho cuidado.

—¿Qué infiernos se propone ahora?

—Lo verá inmediatamente...

Jimmy se había apeado. Tenía los puños apretados y se acercaba lentamente a Spier.

Y de repente estalló:

—¡Hijo de una zorra!

Y le descargó un mazazo que tiró a Spier de cara contra la verja.

Lanzó un chillido de dolor y su mano voló ciegamente en busca de la pistola. Sólo que Jimmy se la tenía jurada desde que Spier

persiguiera a Lena por toda la casa y le cayó encima descargando golpes como una máquina de trincar carne.

Le dejé hacer, porque en parte Spier se lo tenía ganado. Wallenberg contemplaba el salvaje castigo con ojos desorbitados, sin poder acabar de creer que todo aquello le estuviera sucediendo a él.

Entonces le dije:

—Vamos a llevamos a Nora Renton al estudio. Hará el viaje con nosotros, de modo que si quiere denunciarnos por raptor tiene la libertad de hacerlo. Sólo que entonces yo daré a los sindicatos el historial de sus dos matones a sueldo. Los conozco muy bien, ¿sabe? Y quizá los jefes sindicales decidan que Spier y Ozzie fue ron dos de los pistoleros que asesinaron a unos obreros y... Bueno, el resto puede imaginarlo.

—¿Y cree que me asustará con esa patraña?

Me encogí de hombros.

—Eso es algo que no me preocupa... ¡Ya basta, Jimmy!

El chófer todavía descargó un puntapié a la cara del derribado Spier. Luego retrocedió, jadeando, los nudillos despellejados y llenos de sangre y una mirada salvaje en sus ojos oscuros.

Entonces dediqué mi atención a la muchacha.

—Apéese, Nora —la invité—. Todo lo que va a suceder es que hará el viaje en un coche menos lujoso...

Me sorprendió darme cuenta que no estaba asustada. Yo había pensado que, recordando los anteriores atentados, nuestra presencia la aterrorizaría, pero sus labios me sonrieron cuando pasó junto a mí dócilmente, dirigiéndose al «Dodge».

—¡No vayas, Nora! —rugió Wallenberg, lanzándose hacia adelante.

Eso fue un error, porque Jimmy estaba excitado y no podía olvidar que aquel hombretón era el causante de su despido, de modo que se le cruzó en su carrera y un puño sangrante subió como una bala para estrellarse en medio de su nariz.

Wallenberg trastabilló. Comenzó a arrojar sangre por la nariz rota. Tambaleándose, fue a buscar apoyo en la verja y allí se quedó, aturdido y derrotado.

—Bien, Jimmy, ahora hay que inutilizar su coche para que no puedan seguimos...

—Eso es fácil.

Levantó el capó del motor. Cuando volvió a cerrarlo, tenía en la mano la tapa del distribuidor.

Nora esperaba en el «Dodge» pacientemente. Ozzie empezaba a rebullir en el suelo. Spier estaba inconsciente y Wallenberg había perdido todas sus ansias belicosas.

De modo que emprendimos la marcha sin más altercados, con Jimmy en el volante y yo sentado detrás, junto a la estrella.

Y ella murmuró:

—¿Era necesario todo esto...?

—Quería hablar con usted sin esos gorilas olfateando alrededor. Era la única manera de conseguirlo y usted lo sabe.

—¿Cómo dijo que se llamaba...?

—Nick Mains. Ya conoce a Jimmy.

—Tal como usted ha dicho antes, eso podrá ser considerado como un rapto, señor Mains... Además, usted trabaja para Devorah Lowell y ella...

—Olvídelo. Usted no está asustada en absoluto. Sabe que nada malo va a sucederle mientras esté conmigo, por lo tanto *quizá* lleguemos a un acuerdo.

—¿Es cierto que me llevan al estudio?

—En efecto. Y no tenemos mucho tiempo para desperdiciar... ¿Sabe ya lo que le sucedió a Lena Carr?

—Sí... La policía habló conmigo anoche... Pobre Lena —de repente pensó en otra cosa y susurró—: Lo lamento de veras, Jimmy...

El muchacho soltó un gruñido, pero no replicó.

Yo dije:

—En el último fin de semana, Lena emprendió un viaje. ¿Sabe usted algo de eso?

—Todo lo que me dijo fue que no regresaría hasta el limes en la noche o el martes vino el martes.

—¿Le dijo a dónde había ido?

—Se mostró un tanto misteriosa sobre eso, pero dio a entender que había estado en México.

—Es lo que sospechaba... ¿Está bien segura que ella no viajó por cuenta de usted?

Se irguió, sorprendida.

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. ¿Por qué le interesa tanto este viaje de mi secretaria?

—Porque ella iba a darme el nombre de quien organizó los atentados contra usted, así como sus motivos. Estoy seguro que fue asesinada para que no pudiera revelar todo esto.

—Pero es absurdo, señor Mains... Si ella hubiera sabido lo que usted dice, me lo habría comunicado a mí.

—No.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, iba a cobrar una gran suma de dinero a cambio de sus informes. Y dio a entender que no quería que Wallenberg ni sus dos gorilas supieran nada de todo esto. Los odiaba a causa de lo que hicieron con Jimmy... y de lo que Spier estaba tratando de hacer con ella.

—Entiendo...

—Ahora, trate de recordar cualquier cosa que pueda ayudarnos. No tenemos mucho tiempo, Nora...

—Es curioso su modo de actuar, Mains... Trabaja para Devorah y pretende que yo le ayude. O está loco o cree que su desfachatez puede conseguirlo todo de mí.

—Casi todo —rectifiqué, sonriendo—. Advierta que lo que yo haga en favor de Devorah repercute en favor de usted, porque todo lo que pretendo es descubrir al organizador de los atentados. ¿Está claro ahora?

—Sí, creo que sí... si realmente no es Devorah la instigadora de todo esto.

—Estoy seguro que no. Ahora veamos si adelantamos algo más sobre ese asunto de México. ¿Estuvo usted allí alguna vez?

—Sí, aunque hace mucho tiempo. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Antes que pudiera responder, Jimmy anunció:

—Estamos llegando... dentro de dos minutos estaremos en los estudios, Mains.

—Está bien, puede dar un par de vueltas por los alrededores, Jimmy. ¿Cuándo estuvo usted en México, Nora?

—Hace seis o siete meses, cuando estuvimos rodando allí.

—¿En qué lugar de México?

—En la capital.

—No nos sirve. Lena apenas si se alejó unas pocas millas de la frontera.

Calló. Jimmy dijo:

—Suponga que encontramos a la policía esperándonos en los estudios, Mains. ¿Qué debo hacer?

—Nada. En un par de horas lo arreglaré. Esto no es nada parecido a un rapto... a menos que Nora quiera hacerlo aparecer como tal.

La miré y ella me sonrió.

—¿Sabe? —murmuró—. Me alegra que hayan golpeado a Spier... Es un individuo tan desagradable, siempre lo encuentro espiándome por todas partes.

—¿Y...?

—Si está la policía, diré que yo quería dar un paseo con usted. Una estrella puede permitirse algunas excentricidades de vez en cuando.

—Me sorprende... ¿Qué dirá Wallenberg?

Hizo una mueca.

—Empiezo a cansarme de él, usted sabe... Se pone insoportable con sus millones. Cree que todo le pertenece en exclusiva... No le importa nada lo que yo piense o sienta. A veces me da miedo.

—Bien, ¿por qué no lo manda al infierno? Usted es una mujer libre, mayor de edad y famosa... ¿Para qué lo necesita?

—Hay una gran película en perspectiva..., una de esas obras que convierten a una actriz en un monstruo sagrado... y buena parte del capital será de Wallenberg.

—Ya veo. ¿Es eso tan importante para usted?

—Sí.

La miré a los ojos y no me pareció muy segura de sí misma.

—¿Lo es realmente? —insistí.

—Bueno, quizá no lo sea tanto..., pero una necesita tener una compensación a todas las claudicaciones que ha soportado... O, en todo caso, una compensación por la renuncia, algo por lo cual vivir intensamente. Y yo no tengo nada de todo esto, sólo mi arte.

—Tal vez no lo ha buscado... Pruebe a renunciar a Wallenberg y todo lo que él significa. Tal vez la compensación se le dé por añadidura.

Jimmy gruñó:

—¿Sigo dando vueltas, Mains?

—Ya no. Podemos dirigirnos al estudio.

Nora Renton permaneció silenciosa unos instantes. Después, mirándome fijamente, murmuró:

—¿Me ayudaría usted a despedir a Wallenberg?

—¡Con inmenso placer!

—Entonces, llámeme esta noche a casa, después de las diez.

—Lo haré.

Sonrió alentadoramente. En aquel instante el coche disminuyó la marcha y Jimmy anunció:

—No se ve nada anormal...

Me erguí. La gigantesca verja del estudio estaba desierta. Algunos coches estacionados relucían al sol. El portero con su uniforme de policía de opereta se paseaba al otro lado, aburrido.

—Wallenberg no ha denunciado el rapto —dije con sorna—. De todas maneras, no hemos adelantado un paso en lo que interesaba. El viaje de Lena sigue siendo un misterio.

Jimmy maniobró y detuvo el coche junto a la verja de entrada. El guardián se acercó de mala gana porque mi coche no era lo bastante importante como para merecer su atención.

Nora murmuró:

—Telefonéeme esta noche, Mains...

—Lo haré, pero ¿qué hay de Jimmy?

—Si Wallenberg sale de escena, podrá volver a trabajar para mí, naturalmente.

—Ya lo has oído, amigo.

—Volveré con mucho gusto —dijo, saltando del coche.

Ella alargó las manos y sujetó la mía entre ellas.

Y de repente susurró:

—Debiera haberle conocido hace tiempo, Mains... mucho tiempo.

—Lo mismo pienso yo.

—Hasta la noche.

Abrió la portezuela, que Jimmy sostuvo desde fuera.

Y entonces, antes de apearse, exclamó:

—Estuve otra vez en México, pero no me gustaría que se hablase de eso.

—¿Cuándo?

—Hace dos años, o un poco más. Me divorcié allí. Pero, para la publicidad, nunca he estado casada.

—Ya veo. ¿Dónde estuvo?

—En Agua Caliente. Y ahora, adiós, Mains.

—Espere un segundo, Nora...

—Están esperándome.

—¿Cómo se llama su esposo?

—Mulligan... Frank Mulligan. Resultó una mala persona, creo que lo detuvieron incluso, después de separarnos. Ésa es una de las razones por las que es preferible que no se haga público semejante episodio de mi vida. Confío en su discreción, Mains.

—No lo pregonaré, por supuesto... y llámeme Nick, ¿quiere?

—Adiós, Nick.

El guardián de la entrada salió de su abulia en cuanto reconoció a la actriz. Jimmy volvió a meterse en el coche y me senté a su lado, sin saber muy bien de qué iba a servirme lo poco que había averiguado.

El muchacho dijo:

—Ahora me siento mucho mejor, Mains.

—¿Por lo de Spier?

—Sí. Había llegado a atemorizar a Lena.

—Muy bien, pero no se duerma en los laureles. Es muy posible que no se conformen con las cosas como están.

—Pase lo que pase, la paliza no se la quita nadie. ¿Adónde vamos ahora?

—¿Sabe dónde vive Devorah Lowell?

—Naturalmente.

—Entonces, vamos allá.

Emprendió el rumbo. Y de pronto exclamó:

—Fue uno de ellos, Mains.

—¿Qué?

—El que mató a Lena... Spier, o el otro...

—No se dispare. Ellos llegaron allí al mismo tiempo que yo, y Lena ya estaba muerta. El asesino estaba dentro precisamente, y me tumbó cuando entré por la ventana. Esa pareja se largó antes que sucediera eso.

—Incluso así... Además, pudo ser Wallenberg. Lo creo capaz de asesinar.

—Mataría si tuviera las espaldas guardadas. Claro que pudo ser él... O Spier y Ozzie también, apurando las posibilidades. No les costaría mucho detener el coche en la esquina, fuera de mi vista, y volver atrás... Aunque para hacer eso debieran haber matado a Lena antes...

—¿Pero no lo comprende? —gritó, excitado—. La mataron antes de que llegara usted. Luego fueron en busca del coche; o de instrucciones y regresaron para llevarse el cadáver y hacerlo desaparecer, sólo que usted les estropeó el plan...

—Muchacho, usted equivocó la carrera... Eso suena a muy complicado.

—Pero pudo suceder así, ¿no?

—Sí, lo malo es que pudo suceder así...

Manejó un rato en silencio, recreándose en su idea. Por mi parte, también tenía muchas cosas en qué pensar y estaban acudiendo a mi mente muchas preguntas que debiera haber formulado a Nora cuando tuve ocasión.

Pero reconocí que su proximidad turbaba mis ideas de una manera sospechosa, sugiriéndome otras que no tenían nada que ver con el trabajo.

Jimmy me arrancó de esas meditaciones al anunciar:

—Estamos llegando, Mains. ¿Quiere que le espere?

—Mire, Jim; no es usted mi chófer ni nada semejante. He de tratar algunos asuntos con Devorah Lowell, y ahí no encontrará usted pistoleros a los que zumbiar, de modo que si quiere volverse a casa puede hacerlo...

—Le esperaré. Empieza a gustarme todo esto.

—Bueno, como quiera.

Comprendí que lo realmente importante para Jimmy no era el hecho de intervenir en algo más o menos violento, sino la oportunidad de mantener ocupada la mente para evadirse del recuerdo obsesionante de Lena...

Así que se quedó conmigo.

CAPÍTULO IX

Devorah estaba en la piscina en compañía de Danny Dooley, lo cual es tanto como decir que lucía su magnífica carrocería en casi completa extensión, porque el brevísimo bikini no puede decirse que cubriese gran cosa.

Dooley, con un *slip* de baño, pregonaba la excelencia de su musculatura. Los dos chapoteaban en el agua cuando me planté al borde de la piscina, y sus reacciones al verme fueron contradictorias.

Dooley no se recató al demostrarme su disgusto. Incluso barbotó un par de frases ofensivas para mí. En cambio, Devorah sonrió y con unas suaves brazadas estuvo a mis pies, literalmente hablando. Se agarró al borde y levantó la cabeza para verme desde aquel ángulo.

—¿Siempre tiene usted el don de la inoportunidad, Mains? —dijo, aunque sin asomo de reproche.

—Trabajo a cualquier hora. Fenton quiere actividad y la paga. ¿Cómo podemos hablar usted y yo, sin que esté en remojo?

—Salgo en un instante.

Dooley gruñó, acercándose:

—¿Por qué no se va al infierno, Mains? Por lo que sé, su intervención en este asunto no ha servido de nada.

—Más inútil opino que es la suya, compadre, de modo que manténgase al margen. Le advertí la otra noche, ¿recuerda?

Soltó un bufido y nadó hacia la escalerilla por la que Devorah acababa de encaramarse.

Realmente, contemplarla tal como estaba era un espectáculo poco apto para cardíacos. Pocas mujeres podrían mostrarse tan libremente sin revelar por lo menos algún pequeño defecto en su piel, alguna arruga inoportuna...

Devorah era perfecta. Físicamente nada podía reprochársele y

ella lo sabía, y lo puso de manifiesto cuando se acercó hacia donde yo estaba.

Su manera de andar era estudiada, enervante, con movimientos calculados para causar el efecto deseado en los espectadores. En esa ocasión, yo era el único espectador, porque Dooley no contaba.

Fue a sentarse bajo la sombra de un parasol de colores. La seguí y Dooley vino tras de mí mascullando entre dientes.

Tomé asiento frente a la diosa de carne y la recorrí descaradamente con la mirada. Traté de no percatarme del alboroto que se producía en mi circulación sanguínea.

Se echó a reír y preguntó:

—¿Aprueba todo lo que ve?

—Perfecto. ¿No opina lo mismo, camarada Dooley?

—¡Muérase! —soltó, furibundo por mi intromisión en su hora del baño.

—Algún día. ¿Conocía a una chica llamada Lena Carr, Devorah?

—No... ¿Es alguien a quien debería conocer?

—No lo sé muy bien. Fue asesinada anoche.

No pudo contener un respingo.

—¿Asesinada?

—Justamente. Estrangulada para más exactitud. Era la secretaria de Nora Renton.

Quedó blanca como el papel. Cuando recobró la voz susurró:

—¿Quiere decir que la mataron confundiéndola con Nora?

—No; fue asesinada porque sabía la verdad de esos atentados, y conocía al criminal que luego la mató. Su única equivocación fue ser demasiado ambiciosa, si se hubiera confiado a mí cuando estuvo a verme ahora viviría... Pero eso es otro asunto. ¿Está segura de no haberla visto nunca?

—No lo sé. Quizá la vi alguna vez, pero sin saber quién era.

—Está bien; puede comprender que ahora el asunto ha cobrado una gravedad que antes no tenía. Se ha cometido un asesinato, dejando aparte la muerte del viejo barquero, y eso hace que las cosas sean mucho más difíciles.

—No comprendo por qué viene a decirme todo esto. ¿Es que piensa que yo la maté?

Enarqué las cejas. Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Si pensara esto, Devorah, estaría usted perdida. No, no creo

que la matase usted, entre otras razones porque el criminal me tumbó a mí también y era un hombre.

—¿Entonces...?

—Quería saber si conocía usted a Lena, eso es todo. Aparte de que me gustaría saber dónde estuvieron ustedes dos esta noche pasada.

Dooley pegó un salto y se plantó ante mí, los ojos reluciéndole peligrosamente.

—¡Voy a desmenuzarlo, fisgón! —bramó, satisfecho por la presencia de la muchacha.

Me levanté pesadamente.

—Por lo visto, hoy es el día de la violencia. ¿Pasaron la noche juntos, acaso, Danny?

Disparó su puño derecho como un martillo pilón. Di un salto atrás, esquivándolo. Creo que Devorah chilló algo, pero no me detuve a escucharla porque el indignado amante venía sobre mí con la cabeza baja y los puños en ristre.

Podía ser un mal enemigo, porque era fuerte y elástico y sus golpes resultaban duros como una piedra, así que me dispuse a utilizar algunas tretas para terminar cuanto antes con el compromiso.

Le dejé que me alcanzase de refilón con un zurdazo que le aproximó a mí. Entonces descargué mi derecha, plana y rígida, contra su costado izquierdo. Fue un golpe con el borde de la mano y que le arrojó de rodillas, casi paralizado. Hubiera podido romperle el cuello con otro mazazo, pero no era mi intención matarlo ni mucho menos. Sólo le apliqué un puntapié a la cara contraída de dolor y voló hacia atrás, hasta hundirse en la piscina.

Detrás de mí, Devorah gritó:

—¡Maldito salvaje...!

—Cuando tenga un animal doméstico, niña, amaéstrela por lo menos. Y ahora, ¿dónde estuvieron anoche?

—Aquí.

—¿Los dos?

—Sí.

—Muy conveniente para que cualquier reportero entrometido meta las narices...

—Fenton no aprobaría su manera de actuar, Mains...

—Fenton aprueba cualquier cosa que yo haga, mientras le obtenga resultados.

Dediqué un vistazo al náufrago, que empezaba a escupir agua en la superficie, todavía aturdido y con la cara sangrando.

—Bueno, por lo menos no se ahoga —comenté—. ¿Está segura que Lena Carr no intentó venderle unos informes, Devorah?

—¿Qué informes? No tengo idea de lo que habla.

—Los mismos que trató de venderme a mí. Creo que se dejó cegar por la ambición y eso la perdió.

—Nunca vi a esa mujer, ni oí su nombre.

—¿Ha hecho alguna vez un viaje a México, Devorah?

El brusco cambio de tema la hizo titubear un instante.

—Sí, un par de veces —reconoció al fin.

—¿A qué lugar fue?

—Una vez a Agua Caliente, y otra a Acapulco, ¿por qué...?

En lugar de responderle retruqué:

—¿Cuándo efectuó esos viajes?

—Hace mucho tiempo... un año quizá.

Vigilé a Dooley, que salía entonces de la piscina. Cuando pisó el césped se dejó caer sobre él acariciándose el maltratado rostro. Debía estar muy preocupado por su belleza facial...

De nuevo me volví hacia la muchacha.

—¿Ha hablado con Fenton esta mañana, Devorah?

—Más bien él ha hablado conmigo —refunfuñó—. A propósito; también parecía interesado en saber qué había hecho yo esta noche pasada... aunque con más delicadeza que usted, por supuesto.

Pasé por alto el comentario. Por lo demás, no había nada que hacer allí, aunque Devorah me desconcertaba.

Antes de irme la advertí:

—Será mejor que apacigüe a su perrillo de aguas, Devorah, para cuando yo vuelva por aquí. Las cosas pueden llegar demasiado lejos la próxima vez.

—Creo que no habrá próxima vez, Mains...

—Todo el mundo puede equivocarse, hasta usted. Puede seguir con su baño... o mejor, cuide de su perrillo.

Me largué, furioso conmigo mismo por haberme dejado dominar de mis impulsos.

Me reuní con Jimmy y emprendimos el camino de mi despacho.

CAPÍTULO X

El telegrama, descifrado, rezaba:

«Iniciado investigación oficial explosión. Hijo dueño motora presentado demanda. Huellas explosivos restos embarcación. Ninguna duda atentado criminal. Sigue carta».

Firmaba el detective de Miami a quien había mandado mi petición.

Sentado en la butaca, Jimmy fumaba en silencio. Dije:

—Ahora ya sabemos que trataron de asesinar a Nora Renton en Miami, Jim. Hubo explosivos en la motora que estalló. Y eso hace que el disparo desde el jardín, de Devorah sea algo más incomprensible todavía, porque nadie es capaz de disparar a matar y fallar por una distancia tan grande...

—¿Entonces...?

—Opino que fue hecho precisamente para que se supiera quién era la responsable de los atentados..., o quién quería el criminal que cargase con el mochuelo.

—Eso quiere decir que, conseguido su objetivo, la próxima vez la matará realmente.

—Es posible, aunque las cosas no se presentan fáciles para él. Ahora ya sabe que yo intervengo en esto. Además, para atacar a Nora, antes debe estar seguro que Devorah podrá ser acusada y no tendrá coartada alguna para el momento del crimen. Es difícil compaginar todo esto para un instante determinado.

—¿Y qué haremos nosotros entre tanto?

Le miré, perplejo. El muchacho se había tomado en serio su colaboración.

—De momento, nada —decidí—. Usted se irá a casa por si la policía quiere interrogarle. Hasta la noche no le necesitaré, cuando

vaya a casa de Nora.

—Muy bien, pero ¿y luego?

—Tal vez hagamos un viajecito a Agua Caliente, si sigue interesado en acompañarme.

—Por supuesto que sí.

Estrechó mi mano y se fue. Parecía que sus sentimientos por la muerte de la mujer que amaba se aplacaban gracias a la actividad.

Poco después, yo también abandoné el despacho para entrevistarme con Donald Fenton.

Me llevé los cincuenta mil dólares, por supuesto.

Acarició el dinero, pensativo y nervioso como una corista en su primera cita.

—¿Estás seguro que no nos veremos en un aprieto a causa de ese crimen? —masculló.

—En todo caso, tú estarás al margen.

—Bueno, pero ¿y tú?

—¿Te preocupa mucho lo que pueda sucederme?

—¡Condenación, claro que me preocupa! Estás trabajando para mí, ¿no es cierto? Si la policía lo sospecha les faltará tiempo para caerme encima de una manera muy desagradable.

—Ya veo... por un instante creí que te habías humanizado. ¿Qué sacaste en limpio de Devorah?

—Nada, ésa es la verdad.

—Eres poco convincente con tus estrellas. A mí me dijo que pasó la noche en compañía de Danny Dooley.

—¡Ese maldito parásito! ¿Crees que es cierto?

—Maldito si me preocupa eso. ¿Por qué no haces algo para alejarlo de Devorah? Va a meterla en un lío cualquier día de éstos con un escándalo que no te gustará.

—Hoy hablaré con Devorah seriamente. La veré esta tarde, y te aseguro que solucionaré eso de una vez por todas. Tengo a mi favor el hecho de que ella no está enamorada de semejante granuja ni quiere casarse con él... Es sólo un capricho, ¿entiendes?

—Sospecho que le sale caro el capricho, pero eso no es asunto mío. En cuanto a Nora Renton, se ha iniciado una investigación oficial en Miami en el caso de la motora. Se han encontrado rastros de explosivos en los trozos de embarcación. Según entiendo, un hijo del barquero que murió en el estallido ha presentado la demanda

correspondiente.

—Eso va a estropearlo todo... porque sin duda lo relacionarán con el tiro de rifle y la muerte de la secretaria... Nick, si no lo resuelves pronto nuestra película se irá al demonio antes del estreno.

—No tendrás mala publicidad si yo puedo evitarlo, Donald...

Me levanté, dispuesto a largarme. El hizo lo mismo y me acompañó a la puerta, preguntándome:

—¿Qué vas a hacer esta noche, Nick?

—Primero, ver a Nora Renton. Luego, es posible que haga un rápido viaje a México. ¿Conoces Agua Caliente?

—He estado allí varias veces. Un lugar divertido. ¿Qué demonios vas a buscar allí?

—Todavía no lo sé. Ya te informaré de lo que averigüe.

Lo dejé y oí cómo cerraba la puerta a mis espaldas suavemente, como si temiera romperla.

El capitán Merrill era un policía de la vieja escuela. Se había formado a sí mismo rudamente, pasando por todo el escalafón y adquiriendo una experiencia enciclopédica a base de golpes, éxitos y fracasos. Quizá debido precisamente a esa formación brutal despreciaba un poco a los policías que salían de la academia creyéndose poco menos que infalibles, sólo porque llevaban un nombramiento en el bolsillo.

Tenía su despacho al fondo de la sala de Detectives, en la misma planta en que estaba la sede de la Brigada Secreta. Lo encontré enfrascado en la lectura de un montón de cintas de teletipo.

—Entra y siéntate —gruñó—. Terminó en un minuto.

Cerré la puerta y me senté frente a él. Poco después barrió el montón de papel de un manotazo y se echó atrás en el sillón basculante.

—¿Qué te trae por aquí, Mains? Casi no recuerdo cuándo fue la última vez que te vi...

—Durante la investigación del caso Gallard si no me equivoco.

—Es cierto... Estuviste a punto de emprender el gran viaje, ¿eh?

—Le faltó muy poco. ¿Cómo te va a ti?

—No puedo quejarme, pero no me digas que has venido solo para interesarte por mí, Nick...

—Bueno, la verdad es que me interesan algunos datos de un

tipo.

—¿Fichado?

—No lo sé, aunque parece ser que fue detenido.

—¿Cuándo?

—Hace un par de años, no lo sé con exactitud.

—¿Nombre?

Tomó un lápiz. Yo dije:

—Frank Mulligan.

—¿Sabes por qué clase de delito fue detenido?

—No tengo: la menor idea.

—Veré si hay algo.

Descolgó un teléfono y habló rápidamente con alguien. Después colgó y se retrepó en el sillón.

—Dime, ¿en qué estás metido ahora?

—Trabajo para un productor de cine...

—Esos pagan bien, ¿eh?

—A mí sí. ¿Cómo está: tu mujer? —pregunté para variar de conversación y evitar preguntas que no podría responder.

—Bien... muy bien. Hablamos de ti algunas veces. Desearía verte, a pesar de que eres un sujeto poco sociable.

Me eché a reír, porque la esposa del capitán era una mujer como sólo se da una en un millón.

—Iré a verla el día menos pensado —aseguré—. Quizá pueda convencerla de que se divorcie, de ti y se case conmigo...

—Inténtalo. Te matará. Es de la vieja escuela ella también. — Nos echamos a reír y él añadió—: ¿No has pensado seriamente en casarte, Nick?

—Algunas veces, cuando me siento solo y aburrido... Afortunadamente, siempre he podido resistir a la tentación.

—Ya caerás cuando menos lo pienses.

Afortunadamente, en aquel instante el teléfono vibró y Merrill se desentendió de mí para atender la llamada. Escuchó unos instantes, arrugó el ceño y al final dio las gracias sin entusiasmo.

—No hay nada en nuestros archivos sobre Frank Mulligan. ¿Estás seguro que ése es su nombre auténtico?

—Pues no... aunque sí es el nombre con que se casó, divorciándose después. Esto es muy extraño, porque es casi seguro que fue detenido.

—Bien, pudo serlo en cualquier otra parte.

—Sí, claro... En caso de que pueda averiguarlo con seguridad, ¿podrías conseguir una copia de la ficha en poco tiempo?

—Depende del lugar..., por mi parte, lo intentaré si me das más datos.

—Entonces, eso es todo, Merrill, no quiero estorbarte más. Saluda a Mildred de mi parte, ¿quieres?

—Seguro. Oye, ¿me has dicho qué productor es el que está pagándote los vicios, Nick?

—No.

—Ya lo imaginaba. No será el de Nora Renton, ¿eh?

Me detuve a medio camino de la puerta.

—¿Qué te hace pensar eso? —indagué.

—Nada... sólo que anoche asesinaron a la secretaria de Nora Renton. Espero que no estés metido en esto, ¿eh?

—Ni hablar, hombre.

De nuevo el teléfono repicó y él lo descolgó de un manotazo. Esperé porque no me gustaba nada su irónica manera de decir las cosas. Vi cómo se ponía rígido. Luego habló con voz tensa:

—Enviaré algunos hombres ahora mismo... sí, por supuesto. Nos corresponde a nosotros.

Colgó, levantándose. Ya se había olvidado de mí y de su sospechosa pregunta.

—Un crimen, Nick —anunció, descolgando el sombrero de la percha, casi empujándome hacia la salida—. Lo siento, pero no puedo atenderte ahora...

—No importa, ya me iba. ¿A quién han matado?

—Al dueño de una joyería. Un atraco a la brava, ¿entiendes?

Salí y le seguí. Por alguna extraña razón, suspiré con alivio al saber que la víctima no era nadie mezclado con mi caso particular.

CAPÍTULO XI

Jimmy condujo el coche a través de la verja abierta. Al avanzar por el amplio paseo de grave murmuró:

—No creí volver a entrar aquí jamás, Mains.

—Todo volverá a ser como antes, Jim. Ya oyó a Nora.

—Sin Lena nada será como antes —masculló, bajo.

La luz de los faros alumbró la fachada, barriéndola al girar. Luego, Jimmy los apagó y la luz de la puerta al abrirse se extendió sobre el porche y recortó la insinuante silueta de Nora, envuelta en una finísima *negligée* de color negro.

Me acerqué a ella. Sus manos apresaron la mía y la retuvieron en un gesto nervioso.

—Temía que llegase usted demasiado tarde, Nick —susurró.

—¿Demasiado tarde?

—Tal como le he dicho por teléfono, he despedido a Wallenberg poco antes de hablar con usted. Se ha puesto a gritar como un energúmeno, pero le he colgado. Estoy segura que vendrá para desahogar su despecho...

—Déjelo que venga.

—Pero tal vez le acompañen esos dos hombres horribles...

—Ya vio usted una muestra de cómo hay que tratarlos. Jimmy está dispuesto a repetir el espectáculo. ¿Entramos?

—Sí, vengan.

Jimmy se acercó, titubeante. Ella murmuró:

—Usted también, Jimmy, venga con nosotros.

—Gracias, prefiero esperar aquí por si se presentan esos tipos. ¿Ha cerrado usted la verja, señorita Renton?

—No...

—Creo que debería cerrarla, así tendrán que llamar si quieren entrar.

—Creo que es una buena idea —dije.

Ella entró al vestíbulo. Abrió un pequeño armario lleno de interruptores y llaves de luz y accionó uno, Después me guió hacia la salita que yo ya conocía.

—Hay licores en la mesilla, Nick.

Escancié *whisky* en dos vasos y le entregué uno. Saboreé del mío y al fin pregunté:

—¿Qué hay de su gran película, Nora?

—Nada. Sin el capital de Wallenberg vacilan en seguir adelante... De todas formas, creo que voy a tomarme unas largas vacaciones. Las necesito, después de esos años de trabajo incesante y agotador. Y luego todo lo demás..., esos atentados espantosos...

—Y el cerco de Wallenberg —añadí por mi cuenta—. Eso también debe ser agotador.

Se echó a reír y asintió. Fui a sentarme a su lado y dije:

—Esta mañana olvidé preguntarle algunas cosas más respecto a su divorcio. ¿Dónde se tramitó?

—No irá a desenterrar este asunto ahora...

—Sólo lo utilizaré estrictamente en secreto.

—Bien, le creo... En Agua Caliente.

—Y su esposo se llamaba Frank Mulligan, ¿no es cierto?

—Sí, ya se lo dije.

—También me dijo que pensaba que fue detenido alguna vez, después de separarse. ¿No sabe dónde lo detuvieron?

—En San Diego, creo.

Suspiré, porque si hubiera sabido eso habría mucho camino adelantado a esas horas.

—Imagino que no sabe por qué lo detuvieron.

—Eso no. Como tampoco sé cierto que fuera detenido. Creo que alguien lo comentó entonces... Comprenda, Nick; era la época en que empezaba a escalar algunos peldaños en Hollywood, creándome una personalidad nueva. Era forzoso borrar todo lo vergonzoso que hubiera en mi pasado para que los encargados de publicidad pudieran fabricarme una historia nueva.

—Ya sé cómo se hacen estas cosas... Debo telefonear, disculpe.

Comuniqué con la Central de Policía y tuve la suerte de encontrar a Merrill cuando se disponía a marcharse.

—Ya sé dónde fue detenido el hombre por quien me intereso, Merrill —anuncié—. La cosa sucedió en San Diego. ¿Podrás obtener

una copia pronto?

—El nombre era Frank Mulligan, ¿no?

—Efectivamente.

—La pediré por teletipo. Tardará un par de horas a lo sumo.

—¿Estarás en tu despacho?

—¿Yo? ¡Condenación, no! Llevo veinticuatro horas metido aquí.

Pero la dejaré al sargento de recepción. Pídesela a él.

—Conforme. Y gracias una vez más, viejo.

Colgué. Nora se había acercado a mí y su proximidad me inundó del suave aroma que se desprendía de su cuerpo. La fina seda que la cubría realzaba su figura envolviéndola en una nube de inquietante misterio.

—¿Por qué se muestra tan interesado por mi exmarido, Nick? — indagó, comenzando a preocuparse.

—He de pulsar todas las cuerdas para saber cuál es la buena. Frank Mulligan no es más que una de tantas cuerdas como aparecen en este caso.

—Realmente, ¿sospecha de él como autor de estos atentados?

—Puede ser él como puede ser cualquier otro.

—Es absurdo, Nick; no he vuelto a verle desde que nos separamos. No sé si vive o si está muerto, ni en qué ciudad vive...

—No tiene que preocuparse por eso. Si no tiene nada que ver con los intentos de asesinato, ni siquiera sabrá que lo hemos estado investigando.

De nuevo nos sentamos juntos. Cada vez que la miraba veía nuevos encantos surgiendo como sombras rosadas entre los pliegues de la sutil prenda con que se cubría. Y su perfume sugerente amenazaba con alterar por completo mis sensaciones, atrayéndome vertiginosamente.

Carraspeé. Luego pregunté:

—¿Ha pensado ya en la compensación para su renuncia, Nora?

—Sí...

—¿Y...?

—Creo que la tendré si usted me ayuda un poco, Nick.

Algo duro se estacionó en mi garganta. Una voz ronca y desconocida preguntó:

—¿Piensa eso realmente?

La voz era la mía, aunque no pude reconocerla.

—En efecto —murmuró.

Dejé el vaso y la obligué a mirarme. Sus manos temblaban.

—Nora, si sólo es un juego para usted...

—En todo caso es un juego maravilloso.

—Para jugarlo juntos.

—Así es como lo quiero.

—¿A pesar de todo lo que nos separa?

—No hay nada entre usted y yo que pueda separarnos... si usted no quiere, Nick.

—Y si lo hubiera, lo barrería a tiros, Nora, a dentelladas si fuera preciso.

La atraje hacia mí poco a poco. No resistió, sólo entreabrió los labios como si quisiera sonreír. Se los cerré con los míos, abrazándola y sintiendo el placer inmenso de un beso total, absoluto y posesivo como no recordaba haber gozado otro en mi vida.

Sus manos se enroscaron detrás de mi nuca, colgándose de mí, abandonándose a la caricia sin fin. No quedaban reservas entre los dos. Era como si ella hubiera estado esperándolo años y años, guardando su fuego para mí, y al fin encontrase el objetivo ambicionado. Y de esta forma sus labios ardían y eran una llama que amenazaba con abrasarme por entero.

Y entonces un timbre ronco y apenas audible repercutió en el silencio, rompiéndolo en mil pedazos.

—¡La verja! —murmuró, irguiéndose—. ¡Oh, Nick...!

—Debe ser tu caballero de la tabla redonda. No le hagamos esperar, querida.

Me levanté, pero ella siguió colgada de mi cuello. Sus ojos brillaban como estrellas.

—Ten cuidado, amor —suspiró.

La voz de Jimmy desde el vestíbulo nos separó. Nora accionó la llave que ponía en movimiento el mecanismo automático de la verja. Con voz tensa, Jimmy dijo:

—¿Cree que deben vemos a los dos cuando entren?

—Usted espérelos fuera, en el coche. Si entran directamente quédese en un segundo plano por si le necesito. Si se detienen para atacarle a usted, intervendré yo.

—Bien.

Volvió a salir cuando ya se oía el sonido de los neumáticos sobre la grava.

—Es mejor que esperes en el salón, Nora —le aconsejé—. No olvides que tú eres la dueña de la casa... Yo actuaré de mayordomo.

Sonrió.

—Un mayordomo muy original —comentó, alejándose.

Venían los tres, por supuesto. Y todos se detuvieron en seco al distinguir a Jimmy al lado de mí «Dodge».

Spier lanzó un juramento al verle y avanzó hacia él como una tromba.

Wallenberg rugió:

—¡Quieto! Hay otras cosas más urgentes...

—¿Como recibir una bienvenida especial? —intervine desde la puerta.

Giraron como peonzas. Ozzie se llevó la mano al sobaco y extrajo su formidable revólver, anunciando:

—¡Ahora lo tengo, patrón!

—¡Guarda eso, estúpido!

—¡Pero si podemos ajustarles las cuentas a los dos!

—Hay tiempo.

—Eso cree usted, Wallenberg —dije—. La realidad es que no tiene tiempo de nada... absolutamente de nada. Nora siente náuseas cuando oye su nombre, de modo que es mejor que no la vea. Y en cuanto a mí, prefiero que tengamos la fiesta en paz.

—¡Nadie me impedirá hablar con Nora! Usted la ha engatusado, maldito entrometido, pero sabré hacerla entrar en razón.

—¿Como, dejando que su pistolero la espíe por todas partes esperando sorprenderla sin ropa?

—¡Maldito...!

Spier se olvidó de Jimmy para lanzarse sobre mí, al mismo tiempo que su mano volaba en busca de su arma.

Estaba ciego de furor. Desde que yo interviniera por primera vez que sólo recibía golpes y puntapiés y estaba decidido a que las cosas cambiasen a su favor.

Sólo que estaba demasiado furioso. Di un paso atrás y él se lanzó sobre mí como un toro enfurecido, empuñando una automática de gran calibre.

Todo lo que hice fue cerrar violentamente la puerta de recia

madera, pero a pesar de ser tan fuerte creí que iba a agujerearla cuando su cara chocó contra la madera. Aulló de dolor y escuché cómo retrocedía dando traspiés. Abrí entonces, salté y caí sobre él con los pies por delante.

Encajó el doble patadón en medio del pecho y emprendió un raudo vuelo hasta estrellarse contra el paralizado Wallenberg, mientras Ozzie levantaba las manos encañonado por la espalda con el revólver que yo había facilitado a Jimmy.

Spier ya no se movió. Tenía mala racha el tipo.

Plantándome ante Wallenberg, mascullé:

—Sus matones ya tienen lo que venían buscando. Si quiere ver a Nora y tiene valor suficiente para ello, trate de entrar en la casa.

—¡Mi abogado...!

—Olvídese de eso ahora.

Vaciló, sacudiéndose el polvo de los pantalones. Y de repente, traidoramente, se irguió, disparándome un puño como una maza.

Me cazó como un pajarito. Mis pies perdieron contacto con el suelo y caí hacia atrás, rodando sobre la grava.

Con un rugido de triunfo, saltó encima de mí con la viva intención de aplastarme la cara bajo sus zapatones. No lo consiguió por una pulgada, pero sí logró conectar la punta de un zapato en mis costillas y el aire escapó de mis pobres pulmones como un fuelle aplastado.

Rodé, esquivando y maldiciendo mi estupidez. Jimmy gritó:

—¡Quieto, Wallenberg!

—¡No te metas en esto, Jim, el tipo es mío!

Me levanté de un salto, engullendo aire desesperadamente. Wallenberg se encorvó, los puños en ristre y una mirada torva en sus ojos demasiados juntos.

Fintó con la izquierda y disparó la derecha, sólo que esta vez ya le conocía las mañas y pude esquivar con relativa facilidad. El siguiente golpe iba destinado a mi hígado, pero también falló cuando me ladeé, y entonces repliqué con un mazazo al plexo solar que lo detuvo en seco, jadeando.

Aproveché para repetir el golpe. Creí que iba a besar la grava, tanto se dobló hacia adelante.

Disparé el puño derecho de abajo arriba. Estalló en su mentón como un cohete, levantándolo primero y doblándolo hacia atrás

después. Fue a golpear la carrocería del «Dodge» y allí se quedó, temblando, apoyado en la portezuela. Su jadeo era angustioso y cuando intentó erguirse se detuvo a mitad del movimiento, gimiendo lastimosamente.

—Esto es el final, Wallenberg —le advertí—. La próxima vez que intente acercarse a Nora le aplastaré y daré a los periódicos una suculenta historia de crímenes laborales y pistoleros a sueldo... Jimmy, guarda sus armas como recuerdo.

—Serán un buen trofeo...

Empujó a Ozzie, mandándolo a hacer compañía a su patrón. Tras esto, recogió las pistolas de los dos y se las embolsó.

—Ozzie, carga a Spier en el coche —ordené—. Creo que necesita que alguien se ocupe de su cara.

Gruñendo, el pistolero arrastró a su compinche sin ninguna delicadeza. Lo metió brutalmente en el asiento posterior del «Cadillac» de Wallenberg y esperó.

—Ahora, largo de aquí —seguí mandando—. ¿Tiene algo más que decir, Wallenberg?

No replicó. Estaba vencido y lo sabía, como lo sabíamos Ozzie y yo, y hasta Jimmy. Vacilando, entró en su auto y cerró la portezuela. Ozzie corrió a coger el volante y unos segundos después rodaban hacia la verja de la calle.

Al perderlos de vista, Jimmy comentó:

—Presiento que esos dos gorilas van a quedarse sin empleo esta noche...

Al volverme, descubrí a Nora apoyada en el dintel de la entrada. Sonreía, pero estaba pálida de inquietud.

—¿Crees que volverán?

—Puedes apostar a que no. —A menos que Wallenberg sea el organizador de los atentados, en cuyo caso las cosas se pondrán feas dentro de muy poco tiempo. ¿Has cerrado la verja?

—Sí.

—Bien, entonces podemos entrar. Tanto Jimmy como yo nos hemos ganado un trago.

—Espere, Mains...

Me volví. El muchacho me tendió la pistola, que me guardé, y tras esto dijo:

—A partir de este momento, señor, «casi» todo vuelve a ser

como antes...

—Bueno, pero...

—Beberé con usted en otra ocasión, señor.

Comprendí lo que quería decir y miré a Nora. Ésta sonreía luminosamente. Dijo:

—Jimmy, he de decirle que hasta mañana por la mañana no se reintegrará a su puesto. Hasta entonces...

—Hasta entonces —intervine—, puede tomar unas copas con nosotros.

Entró y bebimos. Después, decidí:

—Creo que será mejor que vaya a ocuparme de mi alojamiento. Le veré mañana, Mains...

Dejó el vaso vacío y se fue. Nora comentó:

—Siempre fue un muchacho muy discreto, Nick...

—He podido darme cuenta.

Me rodeó el cuello con los brazos y sus labios rojos subieron al encuentro de los míos.

—Ahora —susurró—, nadie interrumpirá nuestra noche, querida.

La bese, y el tiempo se detuvo como si quisiera darle la razón y quisiera hacer nuestra aquella noche.

Yo dije:

—Sólo tenemos una hora, cariño...

—No...

—He de ir a la Central de Policía.

—No, Nick...

—Es importante.

—También yo soy importante. Y esta noche...

Aquella noche pudo ser eterna.

Realmente, sólo duró una hora.

Danny Dooley poseía un pequeño apartamento en la cumbre de un edificio de veinte plantas. Toda la casa estaba dividida en diminutos cuchitriles en los que vivían una colección de gentes extrañas, y cuyos medios de vida hubieran resultado una fuente de sorpresas para cualquier curioso que se hubiera decidido a investigarlos.

Cuando descendí del coche ante la puerta de aquella colmena, seguido del capitán Merrill, el reloj señalaba las siete de la mañana y

no puede decirse que los alrededores estuvieran muy animados.

Merril gruñó:

—Una vez más, Nick, te advierto que ahora esto es asunto mío. No dejaré que utilices ninguno de tus medios salvajes y expeditivos.

—Esta vez ni siquiera voy a necesitarlo. Me limitaré a hablar y tú harás el resto.

—Eso espero.

Mientras subíamos en el ascensor todavía me recordó:

—Y no olvides que no existe una sola prueba de que ese tipo sea nuestro hombre, de manera que obra en consecuencia.

—Estás hablando como si yo fuera un novato en estos asuntos. ¿Qué te pasa, estás nervioso?

Lanzó un juramento. El ascensor se detuvo, salimos y llamé a la puerta que quedaba al otro lado del rellano.

Repetí la llamada dos veces más antes de obtener resultados. Finalmente, un gruñido soñoliento respondió al otro lado. Hubo unos pasos inseguros, de alguien todavía bajo los efectos del sueño, y después la voz indignada de Dooley preguntó:

—¿Quién está ahí, qué pasa?

—Soy Mains —anuncié—. Ha sucedido algo que usted debe saber. Se trata de Deborah.

—¡Maldita sea, a estas horas...! Un momento.

Cuando se abrió la puerta acabé de empujarla y entré, seguido del capitán Merrill. Danny Dooley nos miró con el ceño fruncido.

—Cierre la puerta —le espeté.

Lo hizo, pero se mantuvo rígido cerca de ella. Iba vestido con un elegante pijama de seda y en su rostro conservaba las huellas del mal trato recibido de mi parte.

—¿Qué le pasa a Deborah? —masculló. Señaló a mi compañero y añadió—: ¿Y quién es éste?

—El capitán Merrill, de la policía, Danny.

Respingó, alarmado.

—¿Policía? —barbotó—. ¿Y qué vienen a buscar aquí?

Saqué la copia fotográfica de una ficha policiaca de San Diego y se la mostré.

—Éste es usted, Danny, ¿no es cierto? Sólo que en la ficha su nombre es Frank Mulligan.

Palideció, pero se rehízo pronto.

—¿Y qué? —exclamó—. Me detuvieron una vez... Fue una tontería que me costó seis meses de prisión. Los cumplí y el asunto quedó enterrado.

—Sólo que cambió de nombre.

—Mucha gente cambia su nombre por otro que les gusta más...

—Pero usted lo cambió por otros motivos, Mulligan... Porque ya entonces pensaba matar a Nora Renton, su exesposa, de la que se divorció en Agua Caliente, ¿no es cierto?

—Usted está loco de remate. ¿Y para soltar una sarta de insensateces se ha traído a un «poli»?

—Voy a acusarle formalmente, Frank Mulligan —intervino el capitán serenamente—. Le acusaré de atentado criminal contra Nora Renton, de homicidio en la persona del barquero de una lancha que explotó y de asesinato en primer grado en la persona de Lena Carr, secretaria de Nora Renton.

—¿No tiene más crímenes para cargar en mi cuenta? —rió—. Los dos deben haber perdido la chaveta...

—Usted la perdió cuando creyó que su descabellado plan iba a salirle bien.

—De modo que según sus brillantes cerebros, yo soy el malo de este drama, ¿eh? Supongo que me dirán por qué mil demonios, quería matar a mi exmujer... dos años y pico después de separarme de ella legalmente.

—Claro que se lo diré —dije de mal talante—. Cuando se casaron hicieron un viaje a Las Vegas. Jugaron y una racha de suerte les hizo dueños de cuatro mil dólares poco más o menos. Para entonces, eso era mucho dinero para ustedes... Y Nora tuvo la idea de establecer una póliza mutua de seguros. Un agente espabilado les aturdió y acabaron firmando una póliza por setecientos mil dólares, pagando la primera prima de aquellos cuatro mil dólares.

—Bueno, pero nos separamos —gruñó.

—Sí, y lógicamente, la póliza debiera haber sido anulada entonces. Sólo que a usted se le ocurrió la gran idea. La póliza estaba suscrita bajo el nombre auténtico de Nora, nombre que se dio al olvido cuando adoptó el de Nora Renton para trabajar en el cine. Bien, usted se las arregló para seguir pagando las primas semestrales, de modo que el seguro sigue vigente hoy día. Y no se

moleste en negarlo porque acabamos de sacar de la cama al interventor de la compañía de seguros.

Trató de sonreír con suficiencia, como si sintiera lástima por nuestra estupidez. Se acercó a una mesita baja, tomó un paquete de cigarrillos, extrajo uno y lo encendió. Lanzó una bocanada de humo en dirección a Merrill. Fue un gesto insultante que no podía llevarle a ninguna parte.

El capitán dijo:

—Todo lo que tenía que hacer era matar a Nora y cobraría setecientos mil dólares... si lograba desviar las sospechas y que la compañía no pensara siquiera en que usted había intervenido...

—¿Ha terminado?

—Todavía no —dije—. Antes que el capitán se lo lleve, voy a decirle también que sé por qué mató a Lena Carr... Ella había estado hablando conmigo después de hacer un viaje a Agua Caliente, donde comprobó que era cierto que usted y Nora habían estado casados. Luego, sólo necesitó averiguar lo de la póliza para saber a qué atenerse. A mí me pidió cincuenta mil dólares para revelarme la verdad. ¿Cuánto le pidió a usted por callarse?

No respondió. Sus dedos comenzaron a tremolar. Aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—La pobre muchacha se dejó cegar por la ambición de reunir una fortuna con una jugada arriesgada. No supo comprender que esta clase de extorsiones jamás salen bien. De modo, Dooley, o Mulligan, que tuvo que matarla. Debió llevarse un buen susto cuando aparecí yo, ¿no es cierto?

Fue a sentarse pesadamente en el borde del lecho. Miró a Merrill y quiso saber:

—¿Cree usted toda esta fábula, polizante?

—Sé que es cierta porque la hemos comprobado juntos. Nora Renton ha reconocido su foto, y tras interrogarla debidamente ha recordado el asunto de la póliza del seguro. Lo demás ha sido fácil...

—Incluso hacer hablar a Devorah —intervine con sorna—. Usted la había hipnotizado con sus encantos masculinos, Dooley. Ella estaba encaprichada de usted... sólo que no le amaba. Cuando se ha dado cuenta del lío en que iba a meterse, ha confesado que sus coartadas con usted eran totalmente falsas, de manera que a las

horas en que sucedieron los hechos usted no estuvo nunca a su lado...

—Pero puedo presentar otras coartadas... déjenme pensar con calma, ¿quieren?

—Seguro. Tendrá todo el tiempo del mundo en una celda, mi querido parásito... Ah, casi lo había olvidado; también demostraré que estuvo usted en Miami cuando se perpetró el sabotaje en la lancha motora...

—No demostraré nada de eso, fisgón.

Hizo ademán de levantarse. Todavía no he comprendido cómo movió la mano con tanta rapidez. Sólo vi la almohada cómo era arrojada a un lado, y en su mano brilló el pavonado acero de una pistola automática que nos cubrió al capitán y a mí como un ojo maligno.

Merril gruñó:

—No sea idiota y entréguese. Está haciendo las cosas más difíciles todavía para usted.

—¿Cree que he caído de un nido, polizonte? Tanto me da que me juzguen por un asesinato como por tres... y ustedes dos es como si ya estuviesen muertos.

—Bueno, Merrill —dije—, ése es el resultado de hacer las cosas a tu manera, con guante blanco.

Dooley gruñó:

—Colóquese al lado de la pared... así... Ahora, saquen sus armas con mucho cuidado y déjenlas caer al suelo. Les mataré si hacen el más mínimo movimiento sospechoso.

Me recosté contra la pared y saqué el revólver con dos dedos. El tipo estaba fuera de sí y yo sabía que dispararía a la menor provocación.

—Voy a dejarlo en el suelo —dije—. Podría dispararse si lo soltaba desde aquí.

—Hágalo, pero estaré apuntándole todo el tiempo.

Me agaché poco a poco rogando al cielo que no apartase la vista de mí. Dejé mí «38» sobre la alfombra con tanto cuidado como si fuera de frágil cristal.

En aquel instante Merrill gritó:

—¡Al suelo, Nick!

Un revólver rugió entre aquellas paredes. Otra arma le hizo coro

cuando yo daba vueltas sobre mí mismo para escapar de los plomos que aullaban, rebotando en la pared.

De pronto todo cesó. Merrill estaba encorvado hacia adelante, sosteniendo en su mano derecha el revólver de reglamento. Dooley caía poco a poco hacia el suelo con las manos engarfiadas sobre el costado derecho. Por entre los dedos la sangre saltaba a borbotones.

—¿Estás bien, Merrill? —grité, levantándome de un salto.

—Creo que sí... Gracias por distraerlo, Nick.

—Temía que no te dieras cuenta de mis intenciones.

Me acerqué al criminal, que acababa de caer de rodillas. Sus ojos opacos me miraron como si no me vieran.

—No morirá de ésta —aventuró el capitán—. Quiero que sea procesado y condenado a la cámara de gas, porque morir así, de un balazo, sería una muerte demasiado buena para él.

—Eso no es propio de un buen policía, ¿te das cuenta?

Me miró. Hizo una mueca y dijo entre dientes:

—Afortunadamente, yo no soy un buen policía. Voy a llamar a los muchachos y a la ambulancia.

Recogí la pistola de Mulligan protegiéndome la mano con un pañuelo. Todavía surgía una débil línea de humo del compacto cañón.

Aguardé a que Merrill terminase de hablar por teléfono. Entonces se la entregué. Parecía imposible que todo hubiera terminado de una vez para siempre.

—Ahora ya no me necesitas —aventuré.

—¿Quién ha dicho que no? Vas a venir conmigo para redactar el informe completo. Hay muchos datos que sólo tú conoces y...

—Mira, vas a estar muy ocupado durante todo el día con los reporteros y las formalidades...

Desde el suelo, Mulligan suplicó:

—¡Un médico... me estoy muriendo, traigan un médico...!

No le hicimos el menor caso. Merrill dijo:

—Tendré tiempo para el informe. Por otra parte, ¿qué demonios tienes que hacer ahora?

—Vivir un día de cuarenta y ocho horas.

—¿Será cierto que has perdido la chaveta?

—Esta noche pasada ha sido sólo de una hora, ¿entiendes? Es preciso recuperar el tiempo perdido convirtiendo un día en cuarenta

y ocho horas.

Estupefacto, estuvo contemplándose con lástima evidente.

—No sé qué demonios te ha sucedido, pero tú no estás bien, Nick. Espera a que llegue el médico y...

—¡Al infierno tus matasanos! Hay alguien más agradable esperándose.

Me encaminé a la puerta tras guardarme mi revólver. Mulligan repitió:

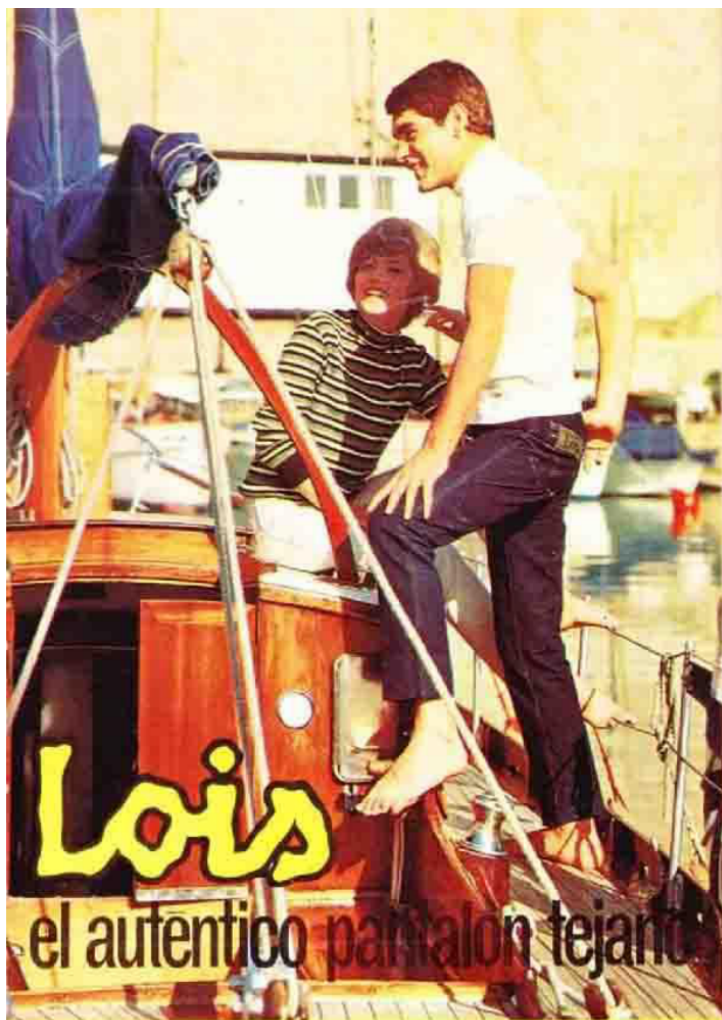
—¡Por piedad... un médico...!

—¿Qué piedad sentiste por Lena, puerco? —le espetó Merrill.

Aproveché para escabullirme. No le había exagerado un ápice. Nora y yo teníamos horas y horas pendientes... hasta convertir en nuestros todos los días y todas las noches.

Y así lo hicimos.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

